



SOLIDARIDAD...

UN MODO DE VIDA
UNA PASTORAL PARA LA IGLESIA

CARDENAL RAUL SILVA HENRIQUEZ
Arzobispo de Santiago

INDICE

	Página
INTRODUCCION	
DE JERUSALEN A JERICO: EL CAMINO RECORRIDO POR LA IGLESIA CHILENA:	5
CAPITULO PRIMERO	
SOLIDARIDAD: PRESENCIA DEL REINO AQUÍ Y AHORA	9
CAPITULO SEGUNDO	
SOLIDARIDAD HOY	13
1. Heridos en nues	13
2. La respuesta so	16
2.1 Solidaridad: una pastoral de testimonio evangelizador	16
2.2 Solidaridad: UN MODO DE VIDA	18
2.3 Solidaridad: UNA PASTORAL PARA LA IGLESIA	20
2.4 Solidaridad	24
2.5 Solidaridad con el hombre integral (persona, sociedad y cultura)	27
2.6 Solidaridad: construir la civilización del amor.	30
CAPITULO TERCERO	
EL ESPIRITU SOL	33
CARDENAL RAUL SILVA HENRIQUEZ Arzobispo de Santiago	33

INDICE

1	Lo vio y se compadeció	33
1.1	Saber ver e informarse	35
1.2	Felices los misericordiosos	37
2	Se acercó y curó sus heridas	37
2.1	Acercarse para comprometerse	37
2.2	Reconciliándose setenta veces siete	39
2.3	Saber estar con los demás	41
2.4	Saber compartir nuestros bienes	43
3	Y le encargó cuidarlo. Lo asistencial y lo promocional	45
4	María, madre y modelo de solidaridad	

Página

INTRODUCCION

DE JERUSALEN A JERICO: EL CAMINO RECORRIDO POR LA IGLESIA CHILENA:	5
---	---

CAPITULO PRIMERO

SOLIDARIDAD: PRESENCIA DEL REINO AQUI Y AHORA	9
--	---

CAPITULO SEGUNDO

SOLIDARIDAD HOY	13
1. Heridos en nuestro camino	13
2. La respuesta solidaria	16
2.1 Solidaridad: una pastoral de testimonio evangelizador	16
2.2 Solidaridad: una tarea para compartir	18
2.3 Solidaridad sin discriminaciones	20
2.4 Solidaridad: como Dios, preferenciar a los pobres	24
2.5 Solidaridad con el hombre integral (persona, sociedad y cultura) ...	27
2.6 Solidaridad: construir la civilización del amor	30

CAPITULO TERCERO

EL ESPIRITU SOLIDARIO	33
-----------------------------	----

1.	Lo vio y se compadeció	33
1.1	Saber ver e informarse	33
1.2	Felices los misericordiosos	35
2.	Se acercó y curó sus heridas	37
2.1	Acercarse para comprometerse	37
2.2	Reconciliándose setenta veces siete	37
2.3	Saber estar con los demás	39
2.4	Saber compartir nuestros bienes	41
3.	Y le encargó cuidarlo. Lo asistencial y lo promocional	43
4.	María, madre y modelo de solidaridad	45

CAPITULO CUARTO

EN LA HUELLA DEL BUEN SAMARITANO

	(Orientaciones para la acción pastoral solidaria)	47
1.	Los destinatarios de la solidaridad cristiana	47
1.1	Destino universal	47
1.2	A los que no están formados en ella	47
1.3	Anuncio a las muchedumbres	48
2.	Los agentes pastorales e instituciones de solidaridad	48
2.1	La Iglesia entera	48
2.2	Con ecumenismo y pluralismo	50
2.3	Misión particularmente laical	51
2.3.1.	El compromiso político	51
2.3.2.	Conciencia social	52
2.3.3.	La pastoral familiar	52
2.3.4.	La juventud	53
2.4	El rol de los pastores	53
2.5	La vida religiosa en el testimonio fraterno y su compromiso con los pobres	54
2.6	Las instituciones de solidaridad	54
2.7	La Vicaría de la Solidaridad	56
2.7.1.	Comprometer a toda la Iglesia	57
2.7.2.	Acción profética integral	57
2.7.3.	Ideología de consenso	58

APENDICE

1.	Cuestionario de trabajo	61
2.	Guía para agentes pastorales y monitores	65

INTRODUCCION

DE JERUSALEN A JERICO: EL CAMINO RECORRIDO POR LA IGLESIA CHILENA

HABLA JESUS:

Se levantó un maestro de la Ley; para ponerlo en apuros, le dijo: "Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?"

Jesús le dijo: "¿Qué dice la Biblia, qué lees en ella?"

Contestó: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza y con todo tu espíritu; y a tu prójimo como a ti mismo".

Jesús le dijo: "Tu respuesta es exacta; haz eso y vivirás".

Pero él quiso dar el motivo de su pregunta y dijo a Jesús: "¿Quién es mi prójimo?"

Jesús empezó a decir:

“Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de bandidos, que después de haberlo despojado de todo y de haberlo molido a golpes, se fueron dejándolo medio muerto. Por casualidad bajaba por ese camino un sacerdote, quien al verlo pasó por el otro lado de la carretera y siguió de largo. Lo mismo hizo un levita al llegar a ese lugar: lo vio, tomó el otro lado del camino y pasó de largo.

Pero llegó cerca de él un samaritano que iba de viaje, lo vio y se compadeció. Se le acercó, curó sus heridas con aceite y vino y se las vendó. Después lo puso en el mismo animal que él montaba, lo condujo a una posada y se encargó de cuidarlo. Al día siguiente, sacó dos denarios y se los dio al posadero, diciéndole: “Cuídalo. Lo que gastes de más, yo te lo pagaré a mi vuelta”.

Jesús entonces preguntó: “Según tu parecer, ¿cuál de estos tres se portó como prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores?”.

El contestó: “El que se mostró compasivo con él”.

Y Jesús le dijo: “Vete y haz tú lo mismo”.

(Lucas 10, 25-37)

1. El esfuerzo de nuestra iglesia chilena por recorrer el camino del Buen Samaritano, se ha inscrito, en sus líneas generales, dentro del caminar común de la Iglesia de nuestro continente. Hasta las primeras décadas de nuestro siglo, nuestra solidaridad cristiana se canalizó principalmente a través de las tradicionales instituciones de caridad que la Iglesia siempre ha mantenido y promovido para prestar apoyo individual a las personas que sufren:

hospitales, asilos, orfanatos, escuelas, etc.

A partir de 1930, diversos grupos de cristianos comienzan a abrirse con interés creciente a la doctrina social de la Iglesia, contenida en las Encíclicas Papales. Se empieza a tomar conciencia progresiva de que muchos problemas del individuo poseen una raíz de orden social y que, por lo mismo, la lucha por la dignidad de cada

hombre exige **también** un esfuerzo global por una sociedad capaz de ofrecer y garantizar condiciones de vida más humanas y justas.

Un modelo de síntesis de ambas perspectivas fue el P. Alberto Hurtado: modelo de la caridad personal y fundador de grandes instituciones de ayuda a los más pobres, pero, a la vez, lúcido maestro de la doctrina social de la Iglesia y gran formador de la conciencia social de varias generaciones de laicos.

2. El Concilio Vaticano II desarrolla en nuestra Iglesia la voluntad de solidaridad con la comunidad nacional, haciendo que se preocupe más y más de aquellos aspectos temporales de la vida del país donde han estado en juego importantes valores evangélicos, decisivos para la salvaguarda de la dignidad de las personas. Diversos documentos de los Obispos de Chile se hacen eco de esta preocupación solidaria a partir del Evangelio: "El deber social y político" (1964), "Chile, voluntad de ser" (1968), "Evangelio, política y socialismos" (1971), "Fe cristiana y actuación política" (1973).

Tal mensaje, sin embargo no tuvo una influencia decisiva. En efecto, las divisiones, la violencia y los odios políticos fueron a través de los años acumulando tensiones incontenibles, que terminaron por destruir la convivencia pacífica y democrática de los chilenos.

3. Los acontecimientos de septiembre de 1973 cambian el rostro de Chile. Corre sangre, hay miles de muertos, detenidos, asilados o desaparecidos. Surge una situación enteramente nueva. Como la dignidad y los derechos de muchos hombres se ven gravemente amenazados, la Iglesia del Dios Buen Samaritano interviene con prontitud acudiendo en ayuda de los heridos del camino. Así nace primero el "Comité de Cooperación para la Paz" (octubre de 1973), con el carácter de institución ecuménica, cuya acción, a partir de 1976, será continuada por la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago.

4. A esta Vicaría le ha tocado no sólo actuar en años tormentosos de la historia chilena sino, además, concentrando su acción en un campo —el de los derechos humanos— que es de suyo conflictivo, pues no siempre es posible manifestar con nitidez el carácter evangélico de las propias motivaciones "cuando las ideologías y los partidos tratan de utilizar a la Iglesia o de quitarle su legítima independencia"¹. Son riesgos que la fidelidad a Jesús el Buen Samaritano, ha obligado a asumir. No obstante, la Vicaría de la Solidaridad —a pesar de todas las fallas que pueda haber cometido o que se le atribuyan— se ha convertido para muchos en un **signo eficaz** de la presencia viva y activa de Jesús Buen Samaritano en nuestro país.

1 Cfr. Puebla 558.

Esta labor ha reportado a la Iglesia mayor credibilidad en su anuncio evangelizador, y creemos que para Chile ha significado un servicio de paz.

5. De esta situación se hace eco la palabra de nuestra carta "Pastoral de la Solidaridad" aparecida en 1975. El compromiso en una acción solidaria de la Iglesia se ha visto posteriormente reforzado, enriquecido, iluminado, por la carta de Pablo VI sobre la Evangelización, y los documentos pastorales de los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla. Aquí, los temas de la liberación, de la promoción humana de la dignidad y de los derechos del hombre, son asumidos como ocupando un lugar central en el ministerio de la Iglesia.

Más aún, el Santo Padre Juan Pablo II, en múltiples ocasiones, particularmente en sus dos Encíclicas "Redentor del Hombre" y "Rico en Misericordia", proyectan estos contenidos a la enseñanza de la Iglesia Universal.

6. ¿Qué podemos concluir de este brevísimo vistazo al camino recorrido por la Iglesia en pos del Buen Samaritano en los últimos años?

a. Observamos **un interés creciente por el Hombre**, "camino de la Iglesia". Por su situación histórica y existencial, y por su dignidad y altísima vocación; por la suerte de las grandes masas de pobres

y oprimidos. En ellos, la Iglesia ha visto el herido del Camino de Jericó, demandando ayuda y protección para no sucumbir a sus heridas y poder restablecerse plenamente.

b. Observamos también un paulatino paso de las obras meramente asistenciales (que siguen conservando su valor en muchos casos) hacia una perspectiva de **promoción humana y de solidaridad liberadora**, para que los beneficiados se constituyan en "agentes de su propia liberación".

c. Asistimos a una asunción creciente de **un rol pacificador de la Iglesia** en el mundo moderno, marcado por violencias de todo tipo. Ella concibe la paz —siguiendo las orientaciones del Papa Juan XXIII, particularmente en su carta sobre "La Paz en la tierra"—, como el resultado de la instauración de la justicia y el respeto a los derechos del hombre.

d. La Iglesia, en su propio ámbito religioso, ha visto **las necesarias conexiones de estos problemas con su misión evangelizadora**, unificando así, en una sola historia de salvación, su propia historia, y la de los pueblos donde vive sirviendo a su Señor en los hombres, llena del poder transformador de Dios, como un fermento puesto en la masa.

capítulo primero

SOLIDARIDAD: PRESENCIA DEL REINO, AQUI Y AHORA

UNA PALABRA ENRIQUECIDA

7. Solidaridad es una palabra que en la Iglesia ha ido adquiriendo un lugar de progresiva importancia en su enseñanza. A menudo sucede con algunas palabras, porque despiertan ecos nuevos; esta vez, sobre lo que los hombres entienden por el amor.

El nombre equivalente que se usa en la Santa Escritura es **caridad**, traducción más técnica del griego "ágape", que se utiliza para el amor en cuanto nos viene de Dios. Sin embargo, con el uso y los años, la palabra caridad se nos ha desvirtuado en su integralidad, tiñéndose de ciertos énfasis que la han unilateralizado en unos aspectos, y desencarnado en otros. Caridad hoy, para el común de la gente, no dice necesariamente relación con la vida social o comunitaria, y está lejos de ser

asociada con la justicia social que ella implica. Tampoco dice igualdad de dignidad y trato; más bien se ha cargado de un dejo paternalista y ha llegado a ser para muchos un sinónimo de "limosna".

8. Sin embargo, **solidaridad** es un nuevo nombre de la caridad. Es, ni más ni menos, el amor mismo de Jesucristo, tal como El lo predicó y lo vivió hasta el extremo dando su vida por los suyos, haciéndose uno solo con ellos: "Tanto amó Dios al mundo que le envió a su propio Hijo en todo semejante a los hombres, excepto el pecado". El amor cristiano también quiere abarcar toda la vida humana, tanto de las personas, como del tejido de relaciones que ellas han creado y donde se desenvuelven. Como el amor de Jesús, los discípulos de hoy ven que el amor se expresa en obras, pero a su vez ellas surgen de un compromiso de sen-

tir la situación del prójimo como propia. Por eso, solidaridad denota amor pleno: "Ama a tu prójimo como a ti mismo".

PARABOLA QUE INTERPELA

9. La Iglesia ha visto en la "**Parábola del Buen Samaritano**" tal como aparece en el Evangelio de San Lucas 10, 25-37, una imagen plástica y rica en sugerencias que siempre nos interpelarán para asumir el rol del Samaritano y del posadero en los hombres que van quedando heridos por el camino de la historia. "Si la Iglesia —nos ha dicho Juan Pablo II²— se hace presente en la defensa o en la promoción de la dignidad del hombre, lo hace en la línea de su misión, "que aún siendo de carácter religioso y no social o político, no puede menos de considerar al hombre en la integridad de su ser. El Señor —continúa el Santo Padre— delineó en la parábola del Buen Samaritano el **modelo de atención a todas las necesidades humanas** (cfr. Lc. 10,30-ss), y declaró que en último término se identificará con los desheredados —enfermos, encarcelados, hambrientos, solitarios— a quienes se haya tendido la mano (cfr. Mt. 25,31 ss.). "La Iglesia ha aprendido en éstas y otras páginas del Evangelio (cfr. Mc. 6,35-44) —sigue el Papa— que su misión evangelizadora tiene como parte **indispensable** la acción por la justicia y las tareas de promoción del hombre (cfr. Documento final



del Sínodo de los Obispos, octubre de 1971), y que entre evangelización y promoción humana hay lazos muy fuertes de orden antropológico, teológico y de caridad (cfr. Evangelii Nuntiandi 31); de manera que 'la evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio

2 Juan Pablo II. Disc. inaugural de Puebla III, 2.

y la vida concreta, personal y social del hombre'. (Ibid. 29)".

10. Las circunstancias en que Jesús puso la Parábola, son curiosamente semejantes a las nuestras en un aspecto fundamental. En efecto, existen hoy cristianos que viven añorando una Iglesia del pasado que, a sus ojos, aparece como más definida, clara; y más "religiosa", no mezclada ni menos ensuciada con los asuntos temporales. Otros, tal vez incluyendo a los anteriores, anhelan el cielo, la venida del Señor y de su Reino, y suspiran por verse liberados de la actualidad y dureza de su testimonio. Tanto los que saltan al pasado como al futuro, no reconocen en lo concreto del mundo de hoy el Reino de Dios ya inaugurado.

Decimos en estas posturas hay semejanzas con el tiempo de Jesús, porque el pueblo de Israel hasta su llegada también vivía en el pasado, buscando la voluntad de Dios codificada en la Ley, que les aparecía casi eterna, y anhelando el Reino futuro y definitivo de Dios y su Ungido. Cuando éste aparece en la persona de Jesús, no lo reconocen, porque no quieren centrar su atención en el presente: "Hoy es el tiempo oportuno"; "El Reino de Dios se ha acercado (se ha puesto a la mano, dice una versión inglesa) y, por eso, cambien ahora de mente y de corazón, creyendo en esta Buena Noticia".³

Esto sonaba especialmente novedoso y

alegre para los más marginados del reino de este mundo. Ellos eran no sólo los pecadores en el sentido moral de la palabra, sino también aquellos que los hombres marginaban de la sociedad como "impuros" frente a la Ley: los pastores, publicanos, curtidores, los ignorantes. El Reino se presenta así como una posibilidad nueva y **actual** de acceso a la vida integral para aquellos que no la han tenido.

Es por eso que los "héroes" de sus ejemplos serán estos pecadores, o los considerados herejes, como en el caso del Buen Samaritano.

11. Solidaridad es amar hoy, liberando de su necesidad al pobre, al perseguido, al enfermo, al pecador. Todo hombre, especialmente el que sufre o es oprimido, es alguien cercano, un "prójimo". En el amor a él, ayudándolo a realizar su bien, aquí y ahora, está la Voluntad de Dios y también su Reino se hace presente, proyectándose a un futuro prometido de vida plena y definitiva.

Esto es lo que la Iglesia ha redescubierto regresando a la fuente misma de su espiritualidad y esto es lo que cuesta comprender hoy a muchos cristianos: que la voluntad de Dios y su Reino se **actualizan desde ya en la solidaridad del presente para con el necesitado**.

12. En medio de un realismo sobre esa

3 Cfr. Mc 1,15, Mt 3,2.

época (el peligroso camino de Jerusalén a Jericó, de sus transeúntes y de sus maleantes; del aceite y vino como provisiones del viaje) Jesús nos presenta a este extranjero, sumum del aborrecimiento religioso moral judío, como el prototipo del hombre que se hace prójimo, frente a un sacerdote y un levita (esencia del judaísmo) enmarcados en horarios, valores y obligaciones que les impiden darse cuenta que un herido nos necesita. No son capaces de solidarizar.

13. En la parábola, el Samaritano, el hereje, se transforma en el Buen

Samaritano y en un ejemplo para los demás, quedando al descubierto la invalidez de la actuación de quienes se decían buenos. El tiene la iniciativa de hacerse su prójimo. Carga con el herido, cura sus heridas y se preocupa de su causa más allá de lo inmediato: "Cuídalo. Lo que gastes de más, yo te lo pagaré a mi regreso". El Samaritano es capaz de amar y asumir la totalidad del problema del asaltado. El es quien cumple la plenitud de la ley.

La parábola, ayer al maestro de la ley y hoy a nosotros, termina enfrentándonos aquí y ahora, con ese prójimo activo: "Vete y haz tú lo mismo".

capítulo segundo

SOLIDARIDAD HOY

1. HERIDOS EN NUESTRO CAMINO

14. ¿Quién es mi prójimo?, se pregunta también la Iglesia de hoy, y Jesús nos hace, como ayer, volver los ojos al herido del camino, para poner aceite y vino en sus heridas y conducirlo a la posada.

Hemos encontrado ese herido no sólo en las personas, sino en nuestra historia reciente.

Asistimos desde hace algún tiempo a una auténtica revolución, donde muchos de los aspectos sociales de la vida humana han sido tocados, y una nueva civilización se ha inaugurado entre nosotros, comandada por un modelo económico de corte liberal capitalista, y un modelo político autoritario, basado en la doctrina de la Seguridad Nacional. Ambos son modelos difíciles de conciliar con la "verdad sobre

el hombre" que plantea la enseñanza social de la Iglesia.

15. En el liberalismo económico, vemos las raíces de una visión consumista de la sociedad, donde la persona humana se coloca como un diente del engranaje de la producción y es objeto del consumo.

El tener más poder y el confort pasan casi inadvertidamente a ser los ídolos que incentivan las motivaciones materialistas del hombre, obstaculizando su acceso y desalentando el interés por valores del espíritu como el servicio, la moderación o la austeridad. En una palabra, el "ser" mejor. El lucro aparece como el gran motor de la participación en el bien común, en lugar del amor y la justicia.

La dignidad de la persona o las razones por las cuales ella es valorada, se cimentan

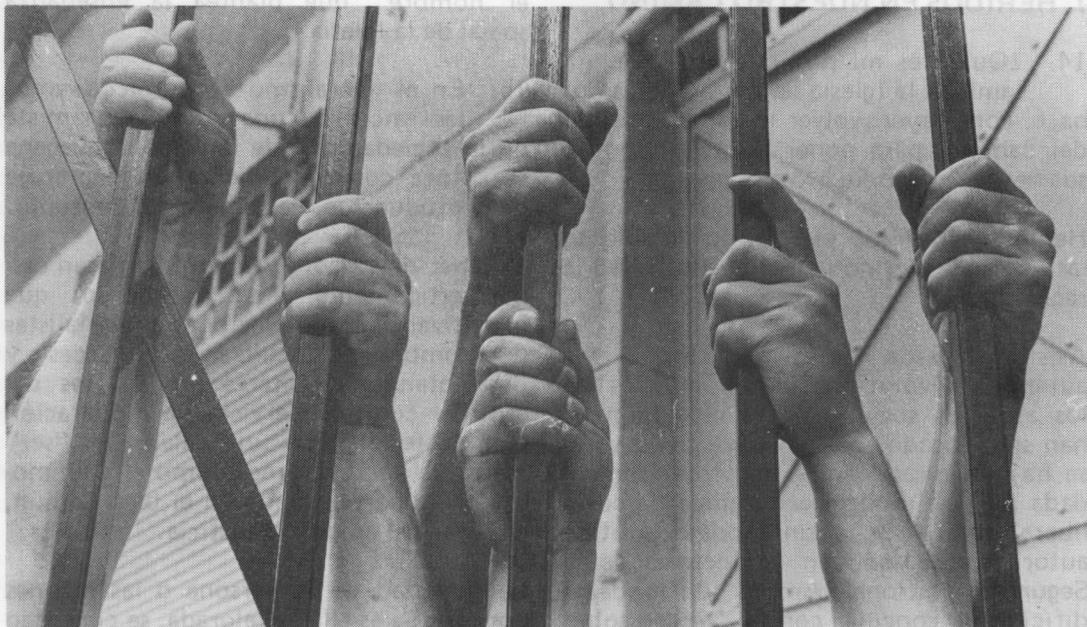
en su eficiencia económica y en un concepto individualista de la libertad y de la misma salvación eterna. En aras de ellas se posterga la justicia social y no se tiene dificultad en hacer depender del poder internacional del dinero hasta la soberanía nacional.

16. Menos conocida es la doctrina de la seguridad nacional, que acaba con el pluralismo y tiende a hacernos entrar en un ambiente de guerra interna que, presentándose como defensa contra la amenaza del comunismo, termina por perseguir a todos aquellos que se opongan al régimen establecido. Estos pasan a ser considerados simplemente antipatriotas

que no comprenden y que con su ingenuidad impiden la conciencia del peligro permanente en que se vive. El desarrollo económico y el aumento del potencial bélico se superponen a las necesidades de las grandes masas de abandonados, que mejorarán su situación en algún futuro no precisado.

Esta doctrina supone un régimen autoritario que posterga los derechos fundamentales del hombre y que, a nombre de la Seguridad Nacional, institucionaliza la inseguridad de los individuos.

17. En efecto, en nuestro país, en su nombre, la represión a los disidentes



ha sido y sigue siendo fuerte, aunque con distintas características según los años. Si bien es cierto que la brutalidad se ha atenuado, en cuanto hoy no tenemos más desaparecimientos, ni fusilamientos sin juicio, ni campos masivos de detención, es un hecho que las medidas represivas, aunque más sutiles, afectan a un sector importante de la ciudadanía.

Después de casi diez años, no se esclarece aún la situación de centenares de personas que desaparecieron después de su detención y acerca de quienes no se ha tenido ninguna clase de noticias. También existen miles de personas a quienes se les ha negado su elemental derecho a vivir en su patria y están sufriendo un exilio obligado.

Hay continuas relegaciones que muchas personas, especialmente estudiantes, deben cumplir en lugares inhóspitos por el solo hecho de manifestar su pensamiento o participar en legítimos actos de protesta por la situación que les afecta o por la crisis que vive el país.

Los abusos de autoridad en las Universidades; la negación del derecho a asociarse y la descalificación de determinadas organizaciones sindicales que han tenido una gestación democrática; los tratos crueles, inhumanos y degradantes que ha sufrido y sigue sufriendo gran número de personas que han sido privadas de libertad; el exilio voluntario pero no menos obligado que han debido afrontar miles de trabajadores chilenos que no han tenido otra solución, para subsistir ellos y sus familias, que la de

emigrar a otras tierras extrañas, etc., son algunas de las heridas que nuestros hermanos chilenos han debido sufrir en estos años, a causa de esta doctrina de la Seguridad Nacional.

En medio de este desconocimiento de los más elementales y legítimos derechos, nos encontramos con un Poder Judicial que, por razones incomprensibles y que no nos corresponde calificar, muchas veces ha eludido su misión fundamental e irrenunciable de hacer justicia defendiendo los derechos fundamentales de las personas.

Así pues, muchas personas, grupos o instituciones, han quedado como heridos en el camino en la instauración de esta nueva civilización.

18. La concentración de la riqueza en manos de unos pocos y la marginación de muchos ha acentuado gravemente la división por las desigualdades sociales. Los primeros, han quedado heridos en su espíritu; los segundos, en la carencia de bienes mínimos como el alimento, el techo o la salud, debido fundamentalmente al desempleo. En estos años han sido cientos de miles los chilenos que han debido soportar la pobreza, la extrema pobreza y la cesantía crónica o frecuente.

19. El individualismo y la tendencia a la privatización han conducido a una vida social donde fatalmente terminan privilegiándose los intereses particulares, destruyéndose así la solidaridad como valor fundamental de la construcción de

una sociedad en fraterna convivencia. A ello se ha agregado una participación dirigida verticalmente por el autoritarismo, con la consecuente falta de libertad para organizarse y hacer oír la voz activa y espontáneamente.

20. La seguridad nacional ha negado de hecho el pluralismo ideológico, conduciendo a muchos a una actitud y mentalidad sectarias, que han desembocado en formas políticas y administrativas de persecución afectando a miles de disidentes. La atomización de las organizaciones gremiales y sindicales ha dejado a sus miembros, particularmente a los trabajadores, indefensos frente a diversas leyes hechas sin su participación y que han deteriorado hasta el extremo sus derechos adquiridos y su propio poder frente al poder del capital.

Para terminar, se tiende a creer que todos pensamos igual a través del control de la expresión en los medios de comunicación social, más o menos abierto, según los casos.

21. Es evidente que en este sistema no todo es criticable. Pero las heridas de los hombres caídos en el camino han sido tantas y tan graves, que han interpelado a la Iglesia, rica en misericordia, más que las partes saludables. En esta historia, ella ha buscado ser fiel a su propia identidad, sembradora y defensora de la justicia, la libertad, la participación y la comunión.

2. LA RESPUESTA SOLIDARIA

2.1 Solidaridad: una pastoral de testimonio evangelizador

22. A la Pastoral de la Solidaridad no le compete llevar a cabo **toda** la acción pastoral de la Iglesia de Santiago.

Junto a ella, existen otras acciones de la Iglesia que han asumido la responsabilidad de animar e impulsar aquellas acciones pastorales destinadas a la **predicación o anuncio explícito**⁴ del Evangelio de Jesús. Estas buscan, de modo **directo**, lograr la conversión de los corazones a su mensaje de amor. De esta manera reflejan aquel amor solidario y fraternal con que Jesús se empeñó por la liberación **interior** y espiritual de los hombres: la liberación del pecado, raíz de todas las otras.

23. La pastoral de **solidaridad** es, en cambio, una pastoral de **testimonio**, que evangeliza en primer lugar a través de **hechos**, es decir, no proclamando el Evangelio con palabras sino **viviéndolo**. En concreto, intenta repetir y prolongar aquellos gestos de amor con que Jesús acompañó su predicación, acudiendo en ayuda de las **necesidades humanas** de quienes le rodeaban. De hecho, la parábola del Buen Samaritano —tomada en su sentido estricto y más directo— se refiere a una solidaridad vivida a este nivel de ayuda.

4 Evangelii Nuntiandi (EN) 22.

Así buscaba Jesús manifestar que le interesaba el **hombre entero**, al que ofrecía una liberación **integral** —del pecado y también **de las servidumbres temporales**⁵ que éste genera— para procurarle así, no sólo su felicidad eterna, sino, además, una vida más digna aquí en la tierra.

24. En cuanto pastoral de testimonio —aunque tampoco agote todas las formas posibles de testimonio evangélico— a veces **precede** al anuncio explícito del Evangelio: preparándole el camino. Como bellamente lo ha dicho Paulo VI, a través de tal testimonio, los cristianos “hacen plantearse, a quienes contemplan la vida, **interrogantes irresistibles**: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o **quién** es el que los inspira? **¿Por qué están con nosotros?** Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva. Hay en ello un **gesto inicial** de evangelización”.⁶

Gesto que se realiza en forma absolutamente desinteresada, como lo hacía Jesús, pero a través del cual Dios puede estar haciendo —a través de esas preguntas que espontáneamente surgen en el corazón— un primer llamado a la conversión interior, a un acercamiento o retorno a la Iglesia y a Jesús.

25. En otros casos, la acción solidaria es **consecuencia** de la conversión obrada

por la Palabra de Dios: porque la misma predicación del Evangelio anuncia que la fe sin obras de amor es fe “muerta”,⁷ y que la apertura de nuestro corazón al amor de Dios debe manifestar su autenticidad a través del amor a los hermanos. “¿De qué sirve, hermanos míos —nos dice el apóstol Santiago— que alguien diga: ‘tengo fe’, si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe? Si a un hermano o una hermana le falta la ropa y el pan de cada día, y alguno de ustedes les dice: ‘Que les vaya bien, que no sientan frío ni hambre’, sin darles lo que necesitan, ¿de qué les sirve?”⁸ Y San Juan agrega: “El que ama a Dios, debe amar también a su hermano”,⁹ “porque el que no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve”.¹⁰ Pues, “si uno posee bienes materiales en abundancia y ve que su hermano pasa necesidad, y sin embargo le cierra el corazón, ¿cómo va a permanecer el amor de Dios en él? Hijitos, —termina diciéndonos el apóstol— practiquemos el amor no con discursos o con la boca, sino **con hechos** y de veras”.¹¹ De este modo, nuestro testimonio de solidaridad da **credibilidad** a la fe que profesamos y anunciamos a los demás.

26. La presencia y la actividad de la Iglesia en el sector popular ha sido un gran gesto, a través del cual Jesucristo se ha hecho presente en los pobres. En nuestro país, gracias a Dios, va siendo cada vez menos cierta la afirmación del Papa

5 Cfr. Puebla 482.
6 EN 21.

7 St. 2,17.
8 St. 2,14-16.

9 I Jn. 4,21.
10 I Jn. 4,20.

11 I Jn. 3,17-18.

Pío XI, quien dijo a comienzos de siglo, que el escándalo de este siglo era que la Iglesia había perdido la clase obrera. Hoy no es así. No solamente porque predicamos más, o hacemos más catequesis; lo es, también y sobre todo, porque la Iglesia ha sabido comprender al hombre, particularmente al pobre, y comprometerse con sus angustias y dolores, provenientes de un mundo estructurado injustamente.

No solo con palabras, sino con gestos concretos y comprensibles de amor y vida. ¿No fue eso lo que también vieron en Jesús sus contemporáneos?: “¿Eres tú el que tenía que venir o esperamos a otro?... Vayan a contarle a Juan **lo que han visto y oído**: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia la buena noticia”.¹²

¿No fue lo mismo que dijo Pedro en el primer anuncio del Evangelio que hizo la Iglesia?: “Dios resucitó a este Jesús, y todos nosotros somos testigos. Exaltado así por la mano de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo que estaba prometido, y lo ha derramado: **esto es lo que ustedes están viendo y oyendo**”.¹³

2.2. Solidaridad: una tarea para compartir

27. La solidaridad no es una tarea exclusiva del católico; es una tarea a compartir con otros cristianos, y con los

hombres de buena voluntad que tengan sensibilidad para ella. Más aún, la solidaridad, antes que cristiana, es una actitud común que nace de nuestra misma condición humana. Los hombres no somos seres aislados, sino que tenemos una naturaleza y un destino de inmortalidad comunes. No sólo compartimos una igualdad radical, sino que nuestras vidas nacen y se desarrollan necesariamente entrelazadas en mutua dependencia. Como dice la Pastoral de la Solidaridad de 1975: “Es esa dependencia mutua entre los hombres que hace que no puedan ser felices unos si no lo son los demás”.

Así, desde el punto de vista de la fe, hay un Buen Samaritano en todos los caminos, épocas y hombres de la historia; también en aquellos que no conocen al Dios del Buen Samaritano. Pues todos los hombres han sido creados a “imagen y semejanza”¹⁴ de Dios y, a menos que dicha semejanza esté en ellos enteramente oscurecida por el pecado, siempre es posible discernir en sus corazones alguna huella o reflejo del rasgo más característico de Dios: de ese amor que se deja compadecer por el dolor de los demás y tiende a ayudarlos. Dicho más brevemente: **del amor solidario** de Dios y de Cristo para con el hombre.

Así encontramos —en todas las razas, religiones y tiempos— pequeños y grandes héroes de la solidaridad humana. También entre los no creyentes. Porque ellos llevan igualmente en sí la semejanza de

12 Lc. 7,19,22.
13 Hch. 2,32-33.

14 Gen. 1,26.

su Creador. Y porque la gracia redentora de Cristo está también actuando en todos aquellos que, sin conocerle, le "buscan en sombras e imágenes";¹⁵ o que "se esfuerzan en llevar una vida recta"¹⁶ y "en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de la conciencia".¹⁷

Ciertamente entre estas "obras" que dan testimonio de la presencia y acción ocultas de Cristo entre los no creyentes, debemos, en primer lugar, mencionar, sin duda, aquellos gestos de amor al prójimo, que los asemejan al samaritano que bajaba de Jerusalén a Jericó.

28. En nuestro siglo, esta corriente de solidaridad humana, que va uniendo y hermanando corazones en torno a las necesidades del hombre como tal —sin apellidos de ningún tipo— ha adquirido una fuerza inusitada, sobre todo entre los jóvenes. Es cierto que muchas veces se intenta manipularla e instrumentalizarla. Pero ello no logra robarle su valor de "signo" del paso de Dios por nuestro tiempo.

Dicho proceso se ha visto acelerado, por una parte, debido al progreso moderno, que la ha ido uniendo cada vez más íntimamente a los hombres "por múltiples vínculos sociales, técnicos y culturales".¹⁸

Los medios de comunicación, cuando están al servicio del hombre, hacen más

fácil el conocimiento mutuo, y permiten también reaccionar más rápido ante las tragedias que afligen a personas o pueblos. La prensa, la radio y la televisión —tanto en nuestro país como a nivel mundial— han logrado impulsar emocionantes cruzadas de solidaridad colectiva, que ciertamente han alegrado el corazón del Dios Buen Samaritano.

Pero también hay otro factor que influye en la Solidaridad. El mismo progreso científico-técnico ha acumulado un impresionante poder en manos del hombre moderno. Las guerras, la represión política, las torturas, las desigualdades sociales, y el hambre, que gran parte de la humanidad sufre mientras otros nadan en la abundancia, se vuelven cada día más crueles. La magnitud de tantos dolores y daños, y el miedo a que el futuro se torne aún más amenazador, son otra de las causas que mueven a los corazones más sensibles a estrechar filas en un esfuerzo solidario por salvar al hombre.

29. Los cristianos nos alegramos ante todo esfuerzo y corriente que vaya en la línea de una auténtica y desinteresada solidaridad para con el hombre, siempre que esté encaminada a salvar a todo el hombre y a todos los hombres, sin mutilar ninguna dimensión de su ser ni marginar a nadie. En todo ello discernimos la presencia del Espíritu del Buen Samaritano que nos pide secundarle.

15 Concilio Vaticano II, Lumen Gentium (LG) 16.
16 Ibid.

17 Ibid.
18 Concilio, LG 1.

Y no sólo eso: los cristianos deberíamos ser —en Chile y en el mundo— los grandes impulsores de la solidaridad humana, a todos los niveles. Por un lado, porque estamos capacitados para salvarla de lo que amenaza con esterilizarla abriéndola hacia su "dimensión vertical"¹⁹, hacia Dios y Jesús. Ellos son los únicos que pueden procurarnos la fuerza para universalizarla, extendiéndola hasta el amor al enemigo —como el Buen Samaritano con el Judío—, sin lo cual fatalmente tenderá a quedar encerrada dentro de la propia raza, nacionalidad, clase, religión o ideología.

Por otro lado, porque el compromiso con el hombre constituye un componente esencial de nuestra misión específica. Pues no podremos dar credibilidad a nuestro anuncio evangelizador del amor "compasivo"²⁰ de Dios por el hombre —tal como se nos reveló en Jesús— si no lo respaldamos con un testimonio de solidaridad vivida, que pruebe que tal amor es verdadero porque se refleja y muestra activo en el nuestro.

2.3 Solidaridad sin discriminaciones

30. Esta solidaridad evangélica está dirigida a **todos** los hombres. Por un lado, en la medida en que se trata de prestar **ayuda** es evidente que se dirige, en primer lugar, a todos los necesitados de ella: a los pobres, los enfermos, los desam-

parados, los agobiados"²¹ por cualquier tipo de sufrimiento. En una palabra, a todos los que de algún modo se asemejan a aquel hombre caído en el camino a Jerico, y en quienes la fe nos hace descubrir "la imagen de Jesús pobre y paciente"²².

Esta **amplitud** con que sepamos abrirnos a las distintas formas del dolor humano, será un **signo** de que la solidaridad que practicamos es auténticamente cristiana, y que no ha cedido al influjo de "ideologías que le sustraen la coherencia con una visión evangélica del hombre, de las cosas, de los acontecimientos"²³.

Es el amor al Hombre, en primer lugar, cualquiera sea su raza, credo o condición, en quien vemos un hijo del Padre Común y un hermano nuestro. Ni siquiera es un amor elaborado como principio frío de orientación. Es entrañas de misericordia, sensibilidad, simpatía, comprensión de las personas y grupos reales, en sus situaciones reales. Jesús no elaboró una doctrina humanista; nos mandó asumir al prójimo, cualquiera que sea, como a uno mismo, como El lo hizo y lo ilustró en la maravillosa Parábola del Samaritano, ejemplo imperecedero de lo que tenemos que hacer para tener la Vida.

31. Uno de los legados más valiosos de esta solidaridad con el hombre, iniciada por la Iglesia latinoamericana ya en los inicios del siglo XVI, es la afirmación de la sagrada e inviolable **dignidad de todo**

19 Cfr. Puebla 742.
20 Lc. 10,37.

21 Juan Pablo II, Disc. inaugural de Puebla III, 6.
22 Ibid.

23 Ibid.; EN 35; Puebla 489.

hombre —independientemente de su raza y religión— por el sólo hecho de haber sido creado a **imagen y semejanza de Dios**, con la vocación de llegar un día a ser hijo suyo en Jesucristo.²⁴

De esta doctrina, tal como fue madurando en medio de la defensa del indígena de nuestro continente, “nacerá —como lo ha recordado Juan Pablo II— el primer Derecho Internacional, con Francisco de Vitoria”.²⁵ Tal elaboración sentaría las bases de la moderna “Declaración de los derechos del hombre”, proclamada por la Organización de las Naciones Unidas en 1948. Estos derechos carecen de fundamento sólido si no se los refiere a la dignidad intrínseca del hombre, de la cual emanar, como de un don proveniente de Dios, que toda legislación humana está obligada a reconocer y no puede mutilar ni ignorar a su arbitrio.

32. Dados los abusos masivos en contra de la dignidad humana, que lamentablemente han acompañado a nuestro “progreso” científico-técnico, este campo de los derechos humanos se ha convertido en un lugar privilegiado de la defensa del hombre, en el espíritu del Buen Samaritano.

Es en él donde hoy día confluyen con mayor facilidad los esfuerzos solidarios de no creyentes y cristianos. Pero es un campo polémico debido a su íntima

conexión con el de la política. Pues siempre, tras tales violaciones masivas de la dignidad humana —sea a través de regímenes económicos generadores de injustas y crueles situaciones de miseria, o de sistemas que coartan la libertad, impidiendo la participación social y política, torturando, asesinando e institucionalizando de diversos modos “la inseguridad de los individuos”²⁶— se encuentran países y gobiernos determinados.

Por lo mismo, no siempre es fácil discernir quienes buscan realmente defender al hombre y quienes actúan principalmente por antagonismo político contra dichos poderes. Es una lucha donde las alianzas con otros grupos son siempre riesgosas, pero en la cual la Iglesia debe estar presente: por fidelidad al Dios Buen Samaritano y a su identidad de “experta en humanidad” y pionera en la defensa de la dignidad del hombre. Lo debe hacer siempre tratando de conservar su independencia para dejarse guiar por las motivaciones que le son propias: no mirando sino al hombre que sufre y a Cristo en él.

Los problemas que urgen a ello en nuestro continente y los criterios para llevar a cabo esta lucha por el hombre según la propia identidad cristiana —a partir del Evangelio y sin recurrir a “sistemas e ideologías”²⁷— han sido magistralmente condensados por S.S. Juan Pablo II y nuestros

24 Ef. 1,5.

25 Juan Pablo II, Homilía del 25 de enero de 1979, en Sto. Domingo.

26 Puebla 314.

27 Juan Pablo II, Disc. Inaugural de Puebla, III, 2.

Obispos en Puebla.²⁸

Por otra parte, si bien a la Iglesia no le compete formular proyectos acabados que impliquen el recurso a la ciencia, a la tecnología y a la acción política, le corresponde señalar las grandes líneas éticas, valóricas, que, a nombre de Dios, la sociedad debe recorrer para instaurar una convivencia justa y pacífica.

33. "Guarda los mandamientos de Yaveh y sus leyes que hoy te ordeno y así serás feliz".²⁹ **Los derechos del hombre no son otra cosa, en la perspectiva de la salvación, que un nuevo nombre de la eterna ley de Dios sobre el hombre, para instaurar una sociedad justa y fraterna.**

Cuando el hombre se olvida de Dios —decía Pablo VI— su acción se vuelve contra el hombre. Por el contrario, cuando el hombre construye a partir de su dignidad, fácilmente se abre al mundo de Dios. Ello se hace garantizando los derechos de todos, especialmente de los humildes.

34. En un mundo de grandes divisiones, que se hacen crecientes en muchas partes, la educación para la justicia es una urgencia histórica de la caridad permanente que los cristianos buscamos vivir en el compromiso con el hombre y sus derechos. También lo es la denuncia de las injusticias, para que sean corregidos los errores que siempre, cuando son conculcados los derechos fundamentales de los hombres,



28 Cfr. Juan Pablo II, Disc. Inaugural III; Puebla 27-71, 87-109; 305-315; 412-443; 452; 470-

562; 571-581; 1134-1165; 1206-1293.
29 Dt 10, 13.

son un potencial de violencia inhumana y antievangélica.

35. Nuestra Iglesia en Chile ha recibido fuertes críticas cuando ha defendido a los perseguidos por sus opiniones disidentes. La respuesta de la autoridad eclesial ha sido firme: ejercemos una misericordia sin apellidos, para con todo ser humano, sin discriminación; a nadie le preguntamos lo que piensa para ayudarlo.

“El hombre solidario siente como propios los problemas de la sociedad, porque ama a sus hermanos los hombres y tiene un prejuicio favorable a todos ellos: ni los discrimina por su clase, sus ideas, ni siquiera por sus yerros o pecados”.³⁰ La ideología del que sufre no debe contar para la solidaridad cristiana. El samaritano de la parábola prescindió, justamente, de las diferencias religiosas y políticas que lo separaban de ese judío asaltado por los bandidos. En cada hombre que sufre, independientemente de sus ideas, nuestra mirada evangélica —como lo acabamos de decir— ve tan sólo el rostro de “Jesús pobre y paciente”³¹ que en él prolonga su Pasión.

Esto es lo que vuelve conflictiva nuestra solidaridad para con los perseguidos políticos y en los casos de violación sistemática de determinados derechos humanos.

Pues apoyar al que sufre significa, en tales situaciones, solidarizar con un enemigo ideológico del Estado, que normalmente es en estos casos el que persigue y oprime.

36. Resulta difícilísimo, por no decir casi imposible, hacer comprender que en tales casos estamos solidarizando con el hombre —por ser imagen y semejanza de Dios y estar llamado a ser su hijo en Jesucristo— y no necesariamente con sus idearios políticos. Prueba de la magnitud de tal dificultad es que ni Jesús mismo pudo esquivar la acusación de estar **haciendo política** y conspirando contra el César, lo que, como “pretexto insidioso”³² invocaban contra El sus acusadores.

El riesgo de provocar en estos casos duras reacciones de parte de quienes ejercen el poder, es evidente. En la historia del Comité Pro Paz y en la de la Vicaría de la Solidaridad lo hemos experimentado muchas veces. Pero quien quiera seguir el camino del Buen Samaritano, debe estar dispuesto a enfrentar la incompreensión. Incluso la persecución y la muerte. De hecho, es la suerte que muchos laicos y sacerdotes han sufrido en América Latina por su defensa de los más pobres.³³

37. Ser solidario como Cristo implica riesgos. Hay que estar dispuestos a correrlos, cuando ello sea necesario. Pero

30 Pastoral de la Solidaridad de 1975, p. 11.

31 Puebla 489.

32 Juan Pablo II, Discurso Inaugural de Puebla

1. 4.

33 Cfr. Puebla 1138.

en los casos en que sea previsible que surjan malentendidos, capaces de arrojar sospechas sobre la naturaleza de nuestras motivaciones y —en consecuencia— de opacar el signo evangélico que buscamos dar con nuestra solidaridad, tenemos el **deber** de tomar de nuestra parte todas las precauciones que pudieran evitarlo. El miedo a ser malinterpretados no frena nuestro amor solidario. Pero nuestra propia solidaridad con Cristo y su Iglesia, nos exige la máxima transparencia en el carácter evangélico de nuestro testimonio.

2.4 Solidaridad: como Dios, preferenciar a los pobres

38. El amor solidario por el hombre, dirigiéndose a todos los necesitados, dedica una atención preferente a los pobres, en el sentido socio-económico de la palabra.³⁴ La inmensa mayoría de nuestros hermanos siguen viviendo en situación de pobreza y aún de miseria que se ha agravado. La dimensión masiva y la gravedad del drama de la miseria —que en América Latina y en nuestra patria afecta a millones de hombres, y que al producirse en un continente y un país que se autodenominan “cristianos”, constituye un verdadero “escándalo”³⁵— ha impulsado a nuestros obispos en Puebla a conceder

34 Cfr. Puebla 1135.

Nota: “A esto nos hemos referido —dicen los obispos en una nota— en los nn. 15 y ss.; pero recordamos que carecen de los más elementales bienes materiales en contraste con la acumulación de riquezas en manos de una minoría, frecuentemente a costa de la pobreza de

a los pobres, entre todos los que sufren, una especial prioridad³⁶ y asumir su situación y sus causas como un verdadero reto a la evangelización.

Ello se justifica también porque los pobres se encuentran más desvalidos e indefensos ante todos los demás sufrimientos. Así, por ejemplo, las enfermedades, las catástrofes de la naturaleza, las injusticias, los dramas familiares, el alcoholismo y toda otra huella de pecado social, los golpean con mucho mayor dureza.

39. En el ejercicio del amor, se debe tener siempre presente que esta opción por los pobres no es una opción sentimental. Tampoco es una estrategia o una urgencia pastoral del momento. Es, desde siempre, en la revelación del Dios Vivo, una opción Suya. Es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo quien opta por los pobres, ya en la Antigua Alianza, y, sobre todo, en Su Hijo, a quien prolonga y continúa la Iglesia.

Sin optar por los pobres como acción preferencial de la caridad cristiana, Dios mismo no sería verdaderamente conocido. Por el contrario, en esa opción, reconocemos al Padre que, en Jesucristo, lleno de ternura, se dirige a los cobradores de impuestos, a los pecadores, a los niños, a

muchos. Los pobres no sólo carecen de bienes materiales, sino también, en el plano de la dignidad humana, carecen de una plena participación social y política”.

35 Puebla 28.

36 Cfr. Puebla 1134-1165

todos aquellos que, por su necesidad, como la oveja perdida, motivan al Buen Pastor para preocuparse especialmente de ella. La solidaridad cristiana debe hacernos vivir esta opción a partir de su amor mismo, so pena de ser infieles y presentar un rostro deformado de Dios.

40. Solamente a partir del trabajo para y con los pobres, podemos descubrir la gratuidad de la salvación. Porque, como los leprosos, cojos y ciegos del Evangelio, ellos no tienen con qué pagar, ni con qué sustentar el interés de nuestro egoísmo para acudir en su ayuda. "El Evangelio de la gracia", resplandece necesariamente en el trabajo de la Iglesia en medio de los pobres. Mientras más pobres son, más gratuito y luminoso aparece el rostro de Dios.

41. Por el contrario, cuando la Iglesia no realiza esta preferencia del Señor, pierde en los hechos su carácter de católica, universal, haciéndose estrecha y parcial y, muchas veces, dura e insensible para con los que sufren.

42. No obstante, este "amor preferencial"³⁷ no puede volverse nunca "exclusivo".³⁸ Además, ante los mismos pobres, debemos cuidarnos de considerar tales solamente a los que correspondan a determinadas definiciones ideológicas, o a aquellos grupos y organizaciones de entre

ellos que representen fuerzas útiles para ser movilizados o instrumentalizados políticamente. Nuestra solidaridad —si quiere ser evangélica— debe medirse exclusivamente por la necesidad y el sufrimiento del otro. No busca provecho humano alguno. Al contrario, aspira a ser tan gratuita como la de Jesús.

43. En esta "opción por los pobres" no se trata de consagrar una clase social, ya que el término "pobres" supera esa clasificación y se inscribe dentro de la opción por los débiles, los perseguidos, los marginados".³⁹ Sin duda que no sólo en la(s) clase(s) pobre(s) se encuentran débiles, perseguidos y marginados. Pero lo que Puebla ha reconocido como lo más grave e interpelador hoy en América Latina, es que "la inmensa mayoría de nuestros hermanos" —masivamente y como clase(s) pobre(s)— son **estructuralmente** explotados, marginados y reprimidos.⁴⁰ La Iglesia opta, entonces, más allá de la asistencia y promoción humana, por una **solidaridad liberadora**.

44. Así tiene que hacerlo, para tomar en serio la dimensión estructural, colectiva y conflictiva de la pobreza y la injusticia, como se dan de hecho entre nosotros.⁴¹ Para expresarlo en los términos del Papa Juan Pablo II, en un mundo que parece más "una versión gigantesca de la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro

37 Puebla 1165.

38 Ibid. Cfr. Juan Pablo II a los obreros en Monterrey, México.

39 Orientaciones Pastorales 1982-85, n. 36.

40 Cfr. Puebla nn. 1135 y 27-30.

41 Cfr. Orientaciones Pastorales nn. 54-55 y 69-77.

ro", la Iglesia, como Jesucristo, "se coloca del lado de la dignidad humana, del lado de aquellos cuya dignidad no es respetada, del lado de los pobres".⁴²

45. Más en concreto, esta opción significa para la misión solidaria y evangelizadora de la Iglesia:

- a) Un servir a los pobres en un estilo no paternalista sino liberador "cumpliendo antes que nada las exigencias de la justicia, para no dar como ayuda de caridad, lo que ya se debe por razón de justicia; suprimiendo las causas y no solo los efectos de los males, y organizando los auxilios de tal forma, que quienes reciben se vayan liberando progresivamente de la dependencia externa y se vayan bastando por sí mismos".⁴³
- b) Un mirar la vida desde la perspectiva de los pobres, para descubrir los fenómenos del pecado social, sus raíces y sus consecuencias.
- c) Un asumir solidariamente la situación de los pobres, comprometiéndose a acompañarlos en la acción liberadora que nace de ellos mismos. Como Jesús, que "asumió en su propia carne los dolores y quebrantos de la humanidad"; de este modo la Iglesia trabaja "en me-

dio del pueblo, en la liberación del pecado personal y social".⁴⁴

46. Invitamos, pues a vivir la solidaridad con la **situación** de los pobres. Ella nos lleva a asumir el sufrimiento y la cultura del pueblo humilde,⁴⁵ a buscar "la comunión y participación con los pobres... en un mismo cuerno y un mismo espíritu".⁴⁶ "Esto nos pide una oración más asidua, meditación más profunda de la Escritura, desprendimiento efectivo según el Evangelio de nuestros privilegios, modos de pensar, ideologías, relaciones preferenciales y bienes materiales; una mayor sencillez de vida..."⁴⁷ Un estilo de vida que, como el de Jesús, no podemos buscarlo lejos de los pobres reales, ni sin una referencia determinante al proyecto liberador del Reino por el camino del amor solidario.⁴⁸

47. La solidaridad con **la lucha** de los pobres, nos lleva a ayudarlos a tomar conciencia de su situación, su dignidad y sus posibilidades; a apoyar sus esfuerzos de organización; a comprometernos en su lucha colectiva por la conquista de sus derechos; a sumarnos a su empeño por gestar desde las mismas bases populares una sociedad nueva, menos injusta y deshumanizante, más igualitaria y participativa y la esperanza cierta del Reino de

42 Juan Pablo II, Redentor del Hombre, n. 16. A los campesinos en Recife, n. 5.

43 Puebla 1146.

44 Cfr. Orientaciones Pastorales nn. 66 y 197.

45 Cfr. Orientaciones Pastorales nn. 35,53; 61-62; 66,70,128,173,180 y 203.

46 Puebla 974.

47 Puebla, 975.

48 Cfr. Orientaciones nn. 9,30,35,38 c,39, 66-68, 82,96,135,193,194.

Dios.⁴⁹

Se trata de hacer realidad entre nosotros el llamado apremiante de Puebla "a todos, sin distinción de clases, a aceptar y asumir **la causa de los pobres**, como si estuviesen aceptando y asumiendo su propia causa, la causa de Cristo".⁵⁰

2.5 Solidaridad con el hombre integral (persona, sociedad y cultura)

48. La solidaridad con el hombre no debe extenderse tan sólo a remediar —de modo directo— las necesidades espirituales y temporales de la persona. El hombre es algo más de lo que parece ser: es él mismo **más su entorno vital**. Este comprende tanto el entorno **físico** o **ecológico**, como el medio **humano** o **moral** que lo rodea. Bajo este último aspecto, podemos decir que "hombre integral", tal como Medellín lo concibió, es "el hombre más las estructuras sociales dentro de las cuales vive".

En aquella ocasión, nuestros obispos latinoamericanos tomaron conciencia, con mucha fuerza, de la forma en que dichas estructuras nos **condicionan**. Si son justas, ellas propician el uso de nuestra libertad en el sentido querido por Dios, es decir, hacia el respeto de la dignidad humana, el ejercicio de la solidaridad y la afirmación del señorío del hombre por

sobre las cosas. Si no lo son, presionan, por el contrario, hacia el "pecado social"⁵¹ en sus formas más diversas: injusticias y atropellos, individualismo desenfrenado, opresión política y explotación económica, subordinando al hombre a su actividad productiva, transformando su trabajo en simple mercancía y poniendo su vida entera al servicio del ídolo de la riqueza, sea en su forma privada o colectiva.⁵²

49. Todo esto último quiso expresar Medellín, al acuñar la expresión "estructuras de pecado" o "de injusticia", queriendo significar aquellos que son producto de pecados personales y que, en consecuencia, es **huella** del pecado (del egoísmo, del afán de poder o de la avidez) de quienes forjaron o de quienes usan injustamente tales estructuras. Huella **destructora**, porque crea un ambiente tal, que presiona hacia el pecado a quienes viven dentro de ellas.

50. Confirmando y reforzando la doctrina de Medellín, Puebla ha enfatizado la necesidad de considerar, como parte de la **conversión integral** del hombre al Evangelio, no sólo la conversión de su corazón, sino, también, la de las estructuras sociales. La situación de injusticia y miseria imperante en América Latina, urge a que dicho cambio sea **profundo**,⁵³ **rápido** y en beneficio de **todos**.⁵⁴ Pero no será eficaz, si no es expresión de **conversión interior**⁵⁵ y no va acompañado de un

49 Cfr. Orientaciones nn. 53,75, 79-84,95,128-129,132,133-135,180,189-192,195-197,199-200.

50 Puebla, Mensaje n. 3.

51 Puebla 28,487.

52 Cfr. Puebla 542-543.

53 Cfr. Puebla 30.

54 Cfr. Puebla 1250.

55 Cfr. Puebla 1221.

"cambio de mentalidad personal y colectiva" respecto a (lo que es) el ideal de una vida humana (verdaderamente) digna y feliz.⁵⁶

51. De todo esto resulta que no es posible **ayudar** al **hombre** que ve atropellada su dignidad si, además de curar sus heridas personales, no nos esforzamos simultáneamente por sanar las heridas del medio social en que vive y que forma parte de su propia vida. A la luz de la parábola del Buen Samaritano, podemos ahora decir que el herido en el camino es, a la vez, el hombre y la sociedad que le rodea. Las estructuras sociales, impregnadas de injusticia, no son solamente **agresoras**, sino también **víctimas** del pecado de muchos **agresores personales** que, de modo individual o colectivo, las han ido conformando o usando en contra del querer de Dios.

Esas "huellas **destructoras**" de que habla Puebla⁵⁷ son, entonces, propiamente, "**heridas contagiosas**" infligidas al cuerpo social, que afectan y dañan también la vida de sus miembros. Nuestro deber de solidaridad supone, por lo tanto, levantar del camino al hombre y a la sociedad —de América Latina y de nuestra patria— ayudando a sanar las heridas de ambos.

52. Por todo esto, pertenece a la tarea **propia** de la **Pastoral** de la Solidaridad el impulsar constantemente a los cristia-

nos —y a todos los demás hombres de buena voluntad— a expresar su amor solidario no sólo bajo la forma de **ayuda personal** al que sufre, sino luchando **también** —con aquellos medios que sean coherentes con el Evangelio⁵⁸— **por la justicia y el cambio social**: pues las dolorosas y **contagiosas** heridas de la sociedad son muchas veces la causa profunda del sufrimiento de las personas.

Más adelante volveremos sobre estas dos formas o dimensiones de la solidaridad cristiana.

53. Sin embargo, Puebla ha dado un paso más en cuanto a la concepción del "hombre integral". Allí nuestros obispos nos ayudaron a comprender que el hombre es "**él mismo más su cultura**", entendiendo por esta última, la **expresión** de "**la totalidad** de la vida de un pueblo",⁵⁹ es decir, **todo** el ambiente humano que él mismo ha construido en torno a sí. La cultura es, en el fondo, el modo original como los hombres cultivan en cada pueblo su relación con Dios, entre sí mismos y con la naturaleza,⁶⁰ buscando así como "a tientas"⁶¹ los caminos para realizar la vocación a ser hijos, hermanos y señores, impresa por Dios en el corazón de todo hombre.

54. Así concebida, la cultura es mucho más que el conjunto de las estructuras sociales de un pueblo determinado. En

56 Puebla 1155.

57 Puebla 281.

58 Cfr. Puebla 486.

59 Puebla 387.

60 Cfr. Concilio GS 53 b; Puebla 386.

61 Hch. 17,27.

primer lugar, abarca “el conjunto de **valores** que lo animan y de **desvalores** que lo debilitan y que, al ser participados en común por sus miembros los reúne en base a una misma ‘conciencia colectiva’ ”.⁶²

Además, la cultura comprende todas aquellas **formas sociales** en que dichos valores se **objetivan**. Entre éstas cabe mencionar las **estructuras**, a las que pertenecen no sólo las socio-económicas y políticas, sino también muchas otras, como las familiares, las educacionales, las religiosas, etc. Y, más allá de las estructuras, también esas otras manifestaciones objetivas tan importantes de la vida de un pueblo como son sus **costumbres** y sus diversos **lenguajes**: su idioma, su filosofía, su arte, sus ideologías.

Todas estas formas sociales pueden ser dignificantes y liberadoras, o injustas y opresoras. De este modo, junto a las “estructuras de pecado”, cabe mencionar también la existencia —dentro de la cultura de un pueblo— de “costumbres de pecado” (como el machismo) o de “lenguajes de pecado” (como aquellas ideologías que nuestros mismos obispos denunciaron en Puebla como idolatrías).⁶³

55. De lo anterior se desprende que, para que nuestra **solidaridad liberadora** sea plenamente eficaz, no basta con ayudar a las **personas** y luchar por el cambio de las **estructuras** opresoras: ambas están condicionadas —en sus posibilidades reales

de liberación— por el conjunto de la **cultura** de la que forman parte. Por lo mismo es, en último término, hacia la liberación de ésta a lo que debe apuntar nuestra solidaridad. El herido del camino a Jericó resulta ser, entonces, el hombre de nuestro pueblo, por cuyas heridas sangran también las que el pecado ha infligido a las estructuras sociales y a la cultura toda de nuestro continente y nuestro país. La tarea ante la que nos encontramos es nada menos que esa: la de volver a poner en pie —sobre la base de la dignidad humana— una **cultura caída, herida y despojada!**

56. Quien primero planteó con claridad el desafío en estos términos, fue Paulo VI en “Evangelii Nuntiandi”: allí nos advirtió ya que el más grave “drama de nuestro tiempo”⁶⁴ es “la ruptura entre el Evangelio y cultura”,⁶⁵ entendida ésta, evidentemente, no en un sentido elitista (la cultura de la “gente culta”), sino en el sentido “rico y amplio que tienen sus términos en ‘Gaudium et Spes’⁶⁶ o sea, en cuanto “cultura de un pueblo”. De allí que concluya que “**lo que importa** es evangelizar —no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre”.⁶⁷ Para transformar así la humanidad “desde dentro”,⁶⁸ convirtiendo “al mismo tiempo su conciencia personal y colectiva”,⁶⁹ alcanzando y saneando “con la fuerza del Evange-

62 Puebla 387.

63 Cfr. Puebla 500, 542-543.

64 EN 20.

65 Ibid.

66 Ibid.

67 Ibid.

68 EN 18

69 Ibid.

lio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida” de un pueblo, en la medida en que todo esto —que integra su cultura— está herido por el pecado y “en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación”.⁷⁰ Sí, tal debe ser la meta de todo evangelizador de la Pastoral de la Solidaridad. Ser integralmente solidarios, es ayudar a liberar, en el sentido del Evangelio, la cultura herida de nuestro pueblo.

2.6 Solidaridad: construir la civilización del amor

57. Como resultado de estos esfuerzos del amor solidario, los obispos esperamos el surgimiento de una **cultura nueva**. Para ello es necesario, primero, sanear la actual de todas las **heridas** que le han infligido nuestros propios pecados. Pero, también, de los **despojos** que ha sufrido y sigue sufriendo —como el hombre que iba a Jericó— a manos de otras **culturas agresoras** que buscan **dominarla**⁷¹ y **absorberlas, nivelándola** con su propio estilo de vida.⁷² Tales culturas han surgido del pensamiento **secularista**,⁷³ —en el que la Iglesia ve “una amenaza a la fe y a la misma cultura de nuestros pueblos latinoamericanos”⁷⁴— y están representadas por las dos formas principales en que ha

cuajado históricamente la moderna civilización urbano-industrial:⁷⁵ el modelo **capitalista** y el **marxista**.⁷⁶

58. Por influjo de las potencias que se han convertido en sus portadoras —ya que controlan el poder “de la ciencia y de la técnica”⁷⁷— y de sus respectivas “ideologías”,⁷⁸ dichas culturas —ciertamente con la complicidad de nuestras propias traiciones al Evangelio, principalmente de parte de nuestras élites dirigentes⁷⁹— “han impuesto estructuras generadoras de injusticia”⁸⁰ a nuestros pueblos, las que son responsables de “la brecha entre ricos y pobres, la situación de amenaza que viven los más débiles, las injusticias, las postergaciones y sometimientos indignos que (éstos) sufren”.⁸¹ Situaciones éstas que “contradicen radicalmente los valores de **dignidad personal** y de **hermandad solidaria**... que el pueblo latinoamericano lleva en su corazón como imperativos recibidos del Evangelio”.⁸²

59. Los obispos confiamos en que esos valores cristianos, latentes aún en el alma de nuestro pueblo —entre ellos su “hondo sentido de la trascendencia y, a la vez, de la cercanía de **Dios**”; “el sentimiento de su **propia dignidad**, que no ven disminuida por su vida pobre y sencilla”; el sentido “de la **solidaridad**, de la amistad y el parentesco”⁸³— puedan ser suficientemente reactivados mediante el proyecto

70 EN 19.

71 Cfr. Puebla 427.

72 Cfr. Puebla 424,427.

73 Cfr. Puebla 434-435.

74 Puebla 436.

75 Cfr. Puebla 415-418.

76 Cfr. Puebla 417-418.

77 Puebla 417.

77 Puebla 417.

78 Puebla 421,437.

79 Cfr. Puebla 437.

80 Puebla 437.

81 Puebla 452.

82 Ibid.

83 Puebla 413.

evangelizador que desde Puebla nos han propuesto, de modo que se conviertan en esa fuerza de cambio que se necesita para renovar la cultura del continente, dando origen a una "síntesis vital"⁸⁴ que nos permita, a partir de las raíces de nuestra propia cultura, "impregnada de fe",⁸⁵ asumir creadoramente "los valores de la nueva civilización urbano-industrial, dando origen a una **cultura nueva**, que sea **moderna**, pero "cuyo fundamento siga siendo **la fe en Dios** y no el ateísmo..."⁸⁶

"Queremos que Jesús signifique en verdad una nueva manera de vivir para toda la humanidad. Y que el Evangelio esté de tal manera vivo y presente entre nosotros, que se refleje en todas nuestras acciones".⁸⁷

60. La forjación de esta cultura nueva es la única solución integral y la única verdadera respuesta de solidaridad frente a los pobres y los postergados del continente y de nuestra patria. En dicha tarea, los pobres están llamados a ser especiales y activos protagonistas, pues los valores de los cuales es necesario partir, forman parte de una herencia cultural que hasta este momento ha sido "conservada de un modo más vivo y articulador de la existencia entre

los sectores pobres"⁸⁸ de América Latina.

Los Obispos de Chile lo reafirman: "Es vital la participación de los pobres en la creación de un mundo solidario, bajo el signo de Cristo, superando la esterilidad del desamor y la violencia".⁸⁹ Pero esta esperanza del que Juan Pablo II llamó "el continente de la esperanza"⁹⁰ debe, para materializarse, ser el fruto de un **gran esfuerzo solidario**: de allí la convocatoria irrestricta a todos los "constructores de la sociedad",⁹¹ que estén dispuestos a colaborar en ello.

61. Otro nombre que Puebla da a este mismo ambicioso proyecto de solidaridad, es el usado previamente por Paulo VI cuando al final del Año Santo, invitaba a construir la "civilización del amor".⁹² Es el nombre bajo el cual los obispos chilenos, en el Plan Pastoral 1982-1985, hemos tomado el gran proyecto evangelizador de Puebla; en efecto, invitamos a vivir la solidaridad liberadora con los pobres, asumiendo los desafíos históricos que nuestra cultura enfrenta, y enmarcando todo el actuar misionero y formador de nuestra Iglesia, bajo el lema "Construyamos con Cristo, la civilización del amor".⁹³

84 Puebla 436; cfr. 393.

85 Puebla 413.

86 Puebla 436.

87 Orient. Pastorales n. 3.

88 Puebla 414.

89 Orient. Pastorales n. 192.

90 Juan Pablo II, Homilía en Puebla 3.

91 Puebla 1206-1253.

92 Enseñanza al pueblo de Dios, Tomo 8, p.3. Puebla, Mensaje a los pueblos de América Latina. 8; 1188; 1192.

93 Cfr. Orientaciones Pastorales nn. 17-20, 28, 78-85.

EL ESPIRITU SOLIDARIO

63. Lo que hemos llamado "Pastoral de la Solidaridad" equivale, propiamente, a lo que, en general, se define como "pastoral social" de la Iglesia. Es decir, aquella "acción social por la cual la Iglesia se hace presente en la sociedad, en sus personas y en sus estructuras, para animar, ayudar a orientar y promover la liberación integral del hombre a la luz del Evangelio".⁹⁴

Sin embargo, preferimos el nombre que hemos escogido por dos razones. Primeramente, porque destaca el momento testimonial de la acción social que nos proponemos realizar. Además, porque la palabra "solidaridad" posee un valor evangelizador inmediato al poner desde la partida en primer plano, no el "campo" o el "nivel" pastoral en que deseamos movernos, sino la **actitud** fundamental que debe inspirar toda nuestra acción. Se trata de un hombre que por sí mismo plantea ya exigencias y pide asumir una postura.

64. En efecto, ser solidario es una virtud.

No siempre la solidaridad va acompañada de afectos, de agrado. Es necesario entrenarse en ella, educarse el corazón para conseguirla y desarrollarla.

65. ¿Qué es un hombre solidario?

¿Cuáles son los rasgos de su espiritualidad? ¿Qué significa tener un espíritu solidario? Son preguntas que a menudo nos hacemos, pero cuyas respuestas no siempre contienen todos los elementos esenciales y evangélicos.

1. LO VIO Y SE COMPADECIO

1.1 Saber ver e informarse

66. Nada es, tal vez, más vergonzosamente humano que la tendencia a desentendernos de todo lo que pueda perturbar nuestra egoísta tranquilidad personal.

94 Cfr. Bigó, Pierre sj. - Bastos de Avila 37 - "Fe cristiana y compromiso social".

La actitud del sacerdote o del levita, que iban por el camino hacia Jericó, y que **esquivaron** al hombre que yacía herido en su vera, pasando por el lado contrario del camino,⁹⁵ ya ha sido más de una vez la de todos nosotros: no queremos mirar el dolor ajeno, para que no nos comprometa. En una cultura que ha erigido en valor central el hedonismo,⁹⁶ nadie quiere molestarse por otros. Esto crea una especie de insensibilidad o de falta de interés "ambiental" por lo que le sucede a los demás. Se percibe no sólo en ese espacio normalmente más frío como puede ser el del trabajo o el de la calle, sino incluso en el seno de las mismas familias: indiferencia mutua entre los esposos, entre padres e hijos, entre los hermanos.

La primera tarea de la Pastoral de la Solidaridad debe ser **enseñar a ver y descubrir el dolor ajeno**, sin cerrar los ojos frente a él.

67. En el cultivo de dicha actitud, debemos proceder pedagógicamente: a partir de los más "prójimos" o "próximos". Es lo que el Señor enseñó al maestro de la Ley en la parábola del Buen Samaritano: le dio a entender que primero debía mirar a las personas concretas que la misma providencia de Dios ponía en su camino diario. **Esas** son su prójimo. Y frente a ellas quiere Dios que **él mismo** se porte como prójimo, como amigo próximo y cercano.⁹⁷

Muchas veces se encuentra a dirigentes sociales de diversa índole asombrosamente bien documentados acerca de los problemas del país o de su gremio, pero que jamás se interesan por escuchar y conocer las aflicciones de la propia esposa o los problemas de sus hijos en la escuela. En dicha solidaridad hay algo de falso, de inorgánico, de inconsecuente.

68. Como todo lo vivo, la solidaridad —normalmente, aunque sin tomar esto como una regla mecánica— **debe crecer desde dentro hacia afuera**, ampliándose en círculos concéntricos, cuidando de que no queden espacios intermedios vacíos. En esto, una educación sabia para la solidaridad debe cuidar de no ceder superficialmente —es decir, saltándose etapas o aspectos pedagógicos— ante lo que parezca más urgente o atractivo. En este sentido, lo que hoy suscita mayor interés y las polémicas más vivas, es todo lo que concierne a la solidaridad con los pobres, expresada en la lucha por el cambio de estructuras. Frente a ello, la solidaridad personal directa, pareciera cosa antigua y ya desgastada; sin embargo, es lo que justifica y da sentido humano y evangélico a lo otro. Esto es algo que debe tenerse especialmente en cuenta en la formación solidaria y social de la juventud. Un énfasis excesivo puesto en acciones sociales desarrolladas en medios muy necesitados, pero lejanos del propio —el de la familia, el de los amigos y vecinos que el joven encuentra en el camino de

95 Cfr. Lc 10,31-32.

97 Cfr. Lc 10,29; 36-37.

96 Cfr. Puebla 311, 435.

cada día— puede crear una “conciencia solidaria” de mera apariencia si, al mismo tiempo, no se está cultivando con insistencia esta otra solidaridad cotidiana que, por ser próxima, es siempre más exigente y educadora de la actitud interior que nos interesa. De otro modo, existe el peligro de que la solidaridad degenera en simple ideología, o en un activismo externo y sin alma.

69. También se da el caso inverso: de los que encierran su solidaridad en el pequeño círculo de sus seres más queridos, sin percibir que muchos de los problemas que los afectan —a ellos y a muchos hombres más— no tienen solución sino a partir de una respuesta global a los desafíos de la sociedad y de la cultura en medio de la cual viven.

De allí la necesidad de sensibilizar igualmente frente a los problemas de tipo estructural y cultural, enseñando a descubrir sus causas, “sus raíces más profundas”,⁹⁸ sus ocultos “mecanismos”.⁹⁹ Y ayudando de igual modo, a saber ver y mirar de frente —sin volver los ojos para no perder la “tranquilidad” de conciencia—, los horribles dramas colectivos que es capaz de generar el pecado, encarnado en esas dimensiones —estructurales y culturales— de la vida humana.

70. Desde este punto de vista, corresponde a la **Pastoral de la Solidaridad** impul-

sar iniciativas de **formación social**: preocuparse de publicaciones, cursos y jornadas que den a conocer la realidad social y cultural de nuestro continente y nuestro país.

71. Pero como nada puede reemplazar la experiencia directa, también se necesitan **contactos directos** con la tragedia de la enfermedad, tal como se vive en los hospitales, del abandono que puede reinar en un orfanato o en un asilo de ancianos; del hambre y la desesperación que se sufre en los hogares de obreros cesantes. Así, “el problema social” se personaliza y adquiere “rostros muy concretos”,¹⁰⁰ con nombres y apellidos; rostros que nos comprometen y cuyo dolor comienza a dolernos también a nosotros.

Es distinto **saber** que hay “pobreza” y “sufrimiento” a conocer y **haber visto** hombres o niños sumidos en la miseria. Por eso, corresponde también a la Pastoral de la Solidaridad impulsar proyectos de ayuda y trabajo que permitan descubrir estos aspectos de la realidad a quienes los ignoran o tienen de ellos un conocimiento teórico y lejano, como el del levita y el sacerdote que miraron al hombre caído tan sólo desde “el otro lado” del camino.

1.2 Felices los misericordiosos

72. Sin embargo, falta todavía otra

98 Puebla 63-70.

99 Juan Pablo II, Discurso inaugural III. 3; Puebla 30.

100 Cfr. Puebla 31-39.

mitad de este "saber ver" del que nace la solidaridad cristiana.

Quien viva su fe no podrá nunca pasar indiferente de largo, frente a los hombres caídos y sufrientes que encuentre en su camino. Pues sabrá que ese dolor no es sólo del otro sino, también, dolor de Cristo y dolor propio. Y se sentirá movido a **compasión**, es decir, a padecer con el otro, aceptando como propio ese dolor y reconociendo que lo compromete, aunque no sepa o no tenga medios para remediarlo. Ya el simple movimiento interno de compasión posee una enorme grandeza. Pues es el **alma** profunda de la solidaridad cristiana, su actitud clave y distintiva. La **Pastoral de la Solidaridad** debe proponerse educarla por sí misma, como **actitud**. Porque es la raíz que nutrirá de savia evangélica todo su actuar.

73. Sin embargo, la palabra "compasión" produce hoy día rechazo o "desazón"¹⁰¹ en muchas personas. La identifican con una "lástima" atentatoria contra la dignidad personal. De allí el comentario que tan frecuentemente se escucha: "Yo no acepto que nadie me compadezca o me tenga lástima".

Pero tal como el Evangelio y toda la Biblia la entienden, es algo muy distinto: la "compasión" o la "misericordia" —que es su nombre más propio— representa la actitud más profunda, típica y divina del Dios revelado por Jesucristo.

101 Cfr. Juan Pablo II, *Dives in Misericordia* 2 (D.M.).

74. La misericordia no se distingue, en Dios, del amor. Es más bien la forma concreta en que se manifiesta este amor ante la "condición humana histórica"¹⁰² y concreta del hombre en situación de pecado: sometido bajo el poder del dolor y de la muerte y, por consiguiente, necesitado de ayuda y salvación. Movido por su amor misericordioso, el Padre se inclina hacia él a través de su Hijo, que desciende a salvarnos desde su Templo del cielo hasta nuestro valle de "Jericó".

Pero tal "descenso" —como el agacharse del samaritano de la parábola— es un movimiento **externo**, que tiene por finalidad justamente reencontrarnos en **un mismo nivel interior**: el de la común dignidad de hijos de Dios, que Cristo comparte con nosotros. El no "baja", por lo tanto, para hacer resaltar la hondura del abismo en que estábamos sumidos sino, todo lo contrario, para manifestar lo valiosos que somos a sus ojos: tanto, que El está dispuesto a encarnarse y asumir el dolor y la muerte, con tal de rescatar esa dignidad a que hemos sido llamados.¹⁰³

75. Del mismo modo nosotros debemos imitar a Dios, tratando de sacar bien de ese mismo mal presente, ayudando a quien lo sufre —sea un hombre o sea nuestro pueblo— a asumirlo y convertirlo, "con espíritu pascual, en exigencia de **conversión** personal, en fuente de **solidaridad** con todos los que comparten este

102 DM 3.
103 Cfr. DM 6.

sufrimiento y en desafío para la iniciativa y la imaginación creadora.¹⁰⁴

2. SE ACERCO Y CURO SUS HERIDAS

2.1 Acercarse para comprometerse, saber ver y compadecerse, son los momentos interiores de la actitud solidaria, los que nos disponen y conducen hacia los actos concretos y externos de solidaridad.

76. Estos comienzan por un **acercamiento** al que sufre y a su dolor, como lo hiciera el Buen Samaritano con el hombre del camino, después de verlo y compadecerse.¹⁰⁵ Tal movimiento es el fruto propio de la compasión o misericordia evangélica y equivale a lo que normalmente llamamos "compromiso". El debe dirigirse a aquellas personas necesitadas a las que es posible **acercarse** para **comprometerse** con su necesidad, porque Dios mismo las ha puesto **cerca** de nosotros, en nuestro propio camino, convirtiéndolas así en "prójimos" o "próximos" de hecho.

77. Dios nos ha puesto **cerca** a todos los hombres al darnos una misma vocación y una común dignidad y, sobre todo, al hacernos miembros los unos de los otros, en el Cuerpo de Cristo.¹⁰⁶ Sin embargo la conciencia de esta **cercanía** a todos los demás hombres —con la consiguiente capacidad de **acercarse** para comprometerse con ellos— debe ir **creciendo**.

La Pastoral de la Solidaridad debe sentirse responsable de impulsar pedagógicamente dicho crecimiento.

78. En este proceso de acercamiento, de hacerse prójimo de los demás, particularmente de los heridos en el camino de la vida, la Iglesia entera debe colaborar para que aquellos que son educados en la fe, vayan progresivamente abriéndose desde sus círculos sociales más cercanos, como la familia, los vecinos, el colegio, los amigos, la Universidad, el trabajo, las organizaciones de base, hasta aquellos que no nos tocan directamente en nuestra experiencia personal, pero que, con espíritu de solidaridad, comprendemos y amamos como hermanos nuestros. También ellos, así como sufren las consecuencias del pecado social, deben también recibir los beneficios de la solidaridad. Acercamiento que no es sólo espiritual, sino que implica las más variadas formas de compromiso y de servicio a través de la profesión, la comunidad cristiana, la participación en organismos de apoyo, etc.

2.2 Reconciliándose setenta veces siete

79. La compasión solidaria de Dios con el hombre se despliega también bajo la forma de perdón. "¿Cuántas veces he de perdonar las ofensas de mi hermano? ¿Hasta 7 veces? —no digas siete veces... sino hasta setenta veces siete".¹⁰⁷ Quien ha entrado alguna vez y profundamente

104 Puebla 279.

105 Cfr. Lc 10,33-34.

106 Cfr. I Cor 12,12; Rm 12,5.

107 Mt 18,21-22.

en la experiencia del amor y la misericordia lo hace también en el terreno del perdón. **La Pastoral de la Solidaridad debe impulsar una constante corriente de perdón en el seno de nuestra Patria.** Perdonar es signo de solidaridad y también camino de retorno hacia la fraternidad perdida.

80. No es dejar de lado la justicia, sino trascenderla, precisamente para poder lograr de modo pleno los objetivos

que ésta busca. Pues la justicia puede crear un orden externo, fundado en una repartición matemáticamente proporcional de las cosas. Pero no necesariamente reconcilia¹⁰⁸ los corazones ni restituye a los hombres su dignidad interior.

81. El perdón a que impulsa la misericordia, hace sentir al otro que lo perdono porque —más allá de lo que haya hecho conmigo— le reconozco la dignidad de ser



108 Cfr. DM 14.

mi hermano. E incluye la invitación a que el otro haga lo mismo. Conciliada la fraternidad por el mutuo perdón de uno y la buena voluntad de reparar el daño del otro —y habiéndose reencontrado ambos en su común dignidad— la justa repartición de las cosas debería resultar como consecuencia, habiéndose obtenido, además, el bien superior de la **solidaridad de los corazones**.

82. La sobrevaloración de la justicia —en desmedro del perdón y la misericordia— está en cierto modo relacionada con la primacía del “tener” y de las “cosas” por sobre el “ser” y “las relaciones personales”. Si se la exagera, crea un clima social de retorno al “Ojo por ojo y diente por diente”¹⁰⁹ del Antiguo Testamento, lo que puede conducir a convertir en realidad el sabio dicho romano: *Summun ius, summa iniuria*,¹¹⁰ es decir, que el apego excesivamente estricto al derecho puede redundar en graves injusticias.¹¹¹

83. Sin esta instancia en la misericordia y en el perdón —como actitudes motivadoras— pueden, por ejemplo, en medio de la justa lucha por los derechos humanos (que es hoy, sin duda una de las más urgentes “obras de misericordia” que Dios pide de nosotros), mezclarse muchas “fuerzas negativas, como son el rencor, el odio e incluso la crueldad”¹¹² que amenazan con tomarle “la delantera a la justicia. En tal caso, el ansia de aniquilar al

enemigo, de limitar su libertad y hasta de imponerle una total dependencia, se convierte en el **motivo fundamental** de la acción. Esto contrarresta con la esencia de la justicia, la cual tiende por naturaleza a establecer la igualdad y la equiparación entre las partes en conflicto”.¹¹³ De allí “la necesidad de recurrir a las fuerzas del espíritu, **más profundas aún**, que condicionan el orden mismo de la justicia”.¹¹⁴

84. Sin embargo, junto con insistir en la necesidad de perdonar para tener un espíritu solidario, es necesario recordar que el perdón no puede ser eficaz sino cuando aquel que ha pecado y dañado reconoce su culpa y está dispuesto a reparar. Sólo con esta actitud se es capaz de recibir el don de comenzar de nuevo y restablecer plenamente la justicia herida. De este modo, es cierto que hay que trascender los marcos objetivos y fríos de la justicia con el perdón, pero, a su vez, las actitudes interiores del perdón requieren también la de estar dispuesto a restablecer la justicia, el arrepentirse y convertirse a partir de la injusticia cometida.

2.3 Saber estar con los demás.

85. Para ejercer su solidaridad, el Buen Samaritano aplicó a las heridas del hombre caído “aceite y vino”¹¹⁵: hermosos símbolos de la unción con el Espíritu (en el Bautismo) y de la Eucaristía, los

109 Mt, 5,38; cfr. DM 12.

111 Cfr. DM 12 y 14.

113 DM 12.

115 Lc 10,34.

110 DM 12.

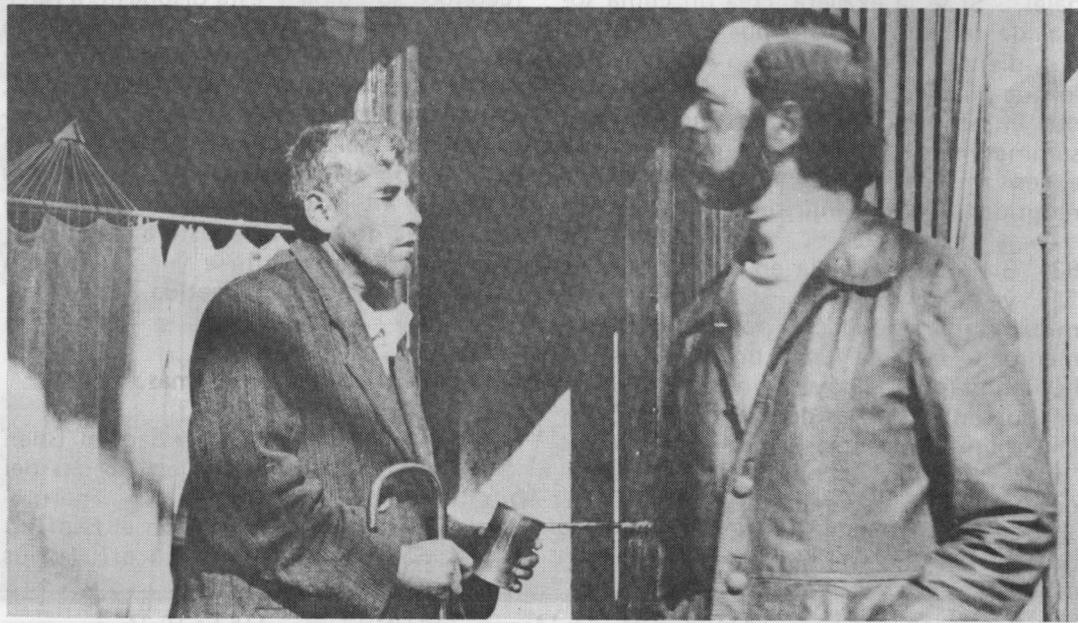
112 DM 12.

114 Ibid.

dos grandes dones a través de los cuales Jesús nos regala su fuerza para sanar las heridas nuestras y poder ayudar a aliviar las ajenas. Pero, además, el Buen Samaritano monta al herido en la propia cabalgadura y lo lleva a una posada.¹¹⁶ Ello significa que comparte con él, a la vez, **su tiempo y sus bienes.**

86. Tal vez lo más difícil de la práctica de la solidaridad, para muchos, es la exigencia de compartir con otros nuestro **tiempo.** El hombre moderno vive al ritmo de la máquina, o de la cinta transportadora, que nunca se detiene. Somos víctimas de una prisa enfermiza, que nos destruye

a nosotros mismos y nos impide liberar a nuestros hermanos de los males que sufren. Porque no podemos detener el auto, ni tenemos tiempo para visitar al pariente que está en el hospital, o al vecino que me ha pedido ayuda. Ni tampoco para participar en la Unidad Vecinal, ni en el Sindicato, ni en el Centro de Padres y Apoderados, ni en las organizaciones o comunidades de la propia Iglesia. Aprender a entregar el propio tiempo es de importancia capital. No sólo en un sentido pragmático: si no nos dejamos tiempo no podemos **hacer** determinadas **cosas.** Pero antes que eso, por la actitud que ello implica, el tiempo se identifica con nues-



116 Lc 10,34.

tra propia vida. Dar nuestro tiempo es, por lo mismo, mucho más que dar **cosas**: es darnos **nosotros mismos**.

Todos los dones que Jesús nos hizo nos los entregó, fundamentalmente, contenidos dentro del regalo de esos 33 años en que **El estuvo con nosotros**.

87. Además, en muchos casos, desgraciadamente, no queda nada que **hacer** ante el dolor ajeno sino **estar** junto al que sufre, simplemente apoyándolo, regalándonos nosotros mismos a él —a través del don de nuestro tiempo— como apoyos de su soledad. Ese fue el tipo de ayuda que María ofreció a Cristo junto a la Cruz, momento en que se convirtió en Madre y Modelo de toda compasión y solidaridad humana. Pues allí, solidarizando, mediante su simple compañía, con aquel Hombre que en su propio dolor cargaba todo el dolor humano, su “función maternal se dilató, asumiendo sobre el Calvario dimensiones universales”.¹¹⁷ Los médicos y los sacerdotes saben bien cuánto alivio y liberación —no de los problemas externos, pero sí de la soledad interior— se puede dar al entregar el propio tiempo, acompañando —como María a Cristo— al hombre que sufre, o simplemente escuchándolo, dejando que cuente y nos comparta su dolor. A través de esta **actitud** le damos algo más valioso que cualquier cosa: al demostrarle que él merece la entrega de nuestro tiempo, le recordamos su propio

valer, restituyéndole así la conciencia de su dignidad de **hermano** (nuestro y de todos los hombres), que la soledad del que sufre sólo oscurece.

2.4 Saber compartir nuestros bienes

88. En muchos otros casos, además del tiempo, es posible compartir con los que sufren los propios bienes. En la Iglesia primitiva esta forma de solidaridad era característica: “Nadie consideraba como suyo lo que poseía, sino que todo lo tenían en común... No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que tenían campos o casas las vendían, y entregaban el dinero a los Apóstoles, quienes repartían a cada uno según sus necesidades”.¹¹⁸

89. Ello exige, fundamentalmente, tres cosas. En primer lugar, **desapego**, para saber dar no sólo lo superfluo sino también, cuando sea el caso, lo útil o lo necesario. Jesús estaba observando y vio cómo los ricos depositaban sus ofrendas para el Templo. Vio también a una viuda pobrísima que echaba dos moneditas. Y dijo Jesús: “Créanme que esta pobre viuda depositó más que todos ellos. Porque todos dan a Dios lo que les sobra. En cambio, la pobre dio lo que tenía para vivir”.¹¹⁹ El modelo del desapego son siempre los más pobres. Con su capacidad de compartir lo poco que poseen, nos

117 Paulo VI *Marialis Cultus* 37; Puebla 302.

118 Cfr. Hch 4,32,34-35; 2,44-45.

119 Lc 21, 1-4

evangelizan continuamente, relativizándonos radicalmente aquellos criterios con que justificamos muchas veces nuestros egoísmos, calificando de indispensables muchas cosas que de ningún modo lo son, frente a las urgentes exigencias que la solidaridad evangélica nos plantea en determinadas situaciones.

90. Tal desapego debería surgir para el cristiano, como de su raíz propia, de la **"apertura confiada en Dios"**,¹²⁰ cuya providencia cuida siempre de nosotros¹²¹ si buscamos "primero su Reino y su justicia",¹²² que incluyen el saber ser hermanos y compartir. Entonces, El nos dará a modo de "añadidura", "todas esas cosas"¹²³ materiales que necesitamos. Y nos las procurará con especial amor si no las tenemos, precisamente porque, buscando su Reino, las dimos a otros.

Sin educación para una profunda confianza en el Dios providente —lo que dista mucho de identificarse con un **pasivismo** irresponsable¹²⁴— se vuelve imposible una solidaridad generosa en el compartir los bienes. Se trata aquí, de nuevo, de un importante componente de la **actitud solidaria** en el que nuestra pastoral social debería estar constantemente llamando a crecer. Y, al mismo tiempo, de un contenido fundamental del mensaje evangélico que el testimonio de nuestro compartir debería estar siempre proclamando.

91. La tercera exigencia del saber compartir, consiste en haber hecho nuestra la visión que el Evangelio nos ofrece acerca de lo que debe ser la **relación del hombre con los bienes de la tierra**. Estamos destinados a ser sus **señores**.¹²⁵ Ello sólo es posible si primero hemos aprendido a ser **hijos y hermanos**.¹²⁶ Pues recién entonces podremos considerar el mundo como un **hogar**,¹²⁷ donde todas las cosas son **propiedad del Padre**, quien las ha puesto al servicio de **todos** los hermanos.

92. Es esta visión la que funda la doctrina de la Iglesia sobre la propiedad. Ella nos dice que "los bienes y riquezas del mundo, por su origen y naturaleza, según voluntad del Creador, son para servir efectivamente a la utilidad y provecho de **todos y cada uno** de los hombres y los pueblos. De ahí que a todos y a cada uno les compete un derecho **primario y fundamental**, absolutamente inviolable, de **usar solidariamente esos bienes**, en la medida de lo necesario, para una realización digna de la persona humana."¹²⁸

Lo anterior significa que la visión cristiana no es conciliable con doctrinas que atribuyan un valor prácticamente absoluto a la propiedad privada. Bien recordó Juan Pablo II en Puebla que "sobre toda propiedad grava una hipoteca social".¹²⁹ Por eso, "la propiedad **compatible** con aquel derecho primordial es más que nada un

120 Puebla 1149

121 Cfr. Mt 6,25-34

122 Mt 6,33

123 Ibid

124 Cfr. Puebla 275,276 ss.

125 Cfr. Puebla 242,322-323.

126 Cfr. Puebla 240-241.

127 Cfr. Puebla 242.

128 Puebla 492.

129 Discurso inaugural, III, 4.

poder de gestión y administración, que si bien no **excluye el dominio**, no lo hace absoluto ni ilimitado. Debe ser **fuentes** de libertad para todos, jamás de dominación ni privilegios. Es un deber grave y urgente hacerlo retornar a su finalidad primera.¹³⁰ La Iglesia, por lo tanto, no plantea tampoco, como necesaria solución, una propiedad estatizada, que elimine el dominio personal y el tipo de responsabilidad que él genera.¹³¹

93. Para realizar los principios recién expuestos, Juan Pablo II —en consonancia con el llamado que Puebla nos ha hecho a “la búsqueda creativa”¹³² de nuevas soluciones a partir del Evangelio— nos propone en su Encíclica “Laborem Exercens”, diversos caminos intermedios entre las dos alternativas extremas que hoy se nos presentan como irreductibles.¹³³ Por tales caminos invita el Santo Padre a buscar formas más eficaces para vivir nuestra fidelidad al Buen Samaritano y para curar las heridas que el egoísmo de un mundo más centrado en el **tener** que en el **ser**¹³⁴ está infligiendo a tantos hombres en nuestra patria y en el mundo.

3. Y LE ENCARGO CUIDARLO. LO ASISTENCIAL Y LO PROMOCIONAL

94. Para cumplir el encargo de Jesús, la

130 Puebla 492; Cfr. Populorum Progressio 28.

131 Cfr. Laborem Exercens 15.

132 Puebla 488.

133 Cfr. LE 14.

134 Cfr. Puebla 339, 497, 1158; Cfr. Concilio,

Pastoral de la Solidaridad, debe comprender fundamentalmente, dos tipos de acciones. Un grupo de ellas se dirige a atender directamente las necesidades de las personas. Otras, tienen primariamente en vista el cambio de las estructuras sociales. Sobre ambos tipos hemos dicho ya diversas cosas a lo largo de nuestra reflexión. Pero aún quedan algunas por agregar y precisar.

95. La solidaridad que se ejerce de modo directo ante las personas, se inscribe entre dos extremos: desde lo meramente asistencial, hasta lo **promocional** propiamente dicho. **Asistir** al necesitado, significa **darle** “aquello de lo cual carece, sea alimentos, vestido, dinero, salud, consejería jurídica, legal o lo que sea”.¹³⁵ Dicha forma de solidaridad es permanentemente recomendada en la Biblia, y el mismo Jesús la practicó con frecuencia. Nadie puede, por lo tanto, dudar de su legitimidad.

Además, hay situaciones en que es la única posible: porque de la asistencia inmediata a una determinada necesidad urgente, puede depender la vida de una persona o el evitarle un grave daño. Por lo demás, hay cierto tipo de necesitados —los enfermos incurables, los débiles mentales, etc.— que no están ni estarán nunca en condiciones de ayudarse por sí solos. Todo esto

GS 35.

135 Cfr. P. Sergio Silva, ssc, Documento preparado para la Comisión Justicia y Paz del Episcopado chileno.

ha llevado a la Iglesia, a lo largo de su historia, a fundar y mantener una variada gama de Instituciones asistenciales.

Lo positivo de este tipo de solidaridad es que enfrenta directamente al que da y al que recibe ayuda. Ello permite al primero personalizar la propia solidaridad y, al segundo, la propia gratitud. Lo cual redundará en mayor humanización de ambos. Además, si el vínculo personal establecido llega a ser profundo, ello estimula, a la vez, el deseo de ser más solidario en el que ayuda, y la necesidad de aprovechar más responsablemente lo recibido en el otro. En un tiempo en que todo impulsa a la despersonalización y la burocracia, esta forma de solidaridad puede aportar una importante dosis de calor humano al frío mundo de los desposeídos.

96. Sin embargo, la acción meramente asistencial no está exenta de peligros. Puede inducir a un tipo de solidaridad individualista, incapaz de conducir a una comunión más amplia, como aquella hacia la que permanentemente impulsa la dinámica propia del amor de Jesús.

97. El otro riesgo es el de **paternalismo**: que el que da centre más su atención en el propio gesto de dar —de crecer él, de experimentar la alegría de ser generoso— más que en las condiciones que debe reunir tal gesto de modo que no sea humillante para el otro. Es decir, que no le dé

la impresión de un encuentro con alguien que se presenta como de arriba hacia abajo, sino que se le acerca en el nivel de la común dignidad humana que ambos comparten. De modo que, al ayudarlo, le está recordando su propio valor y haciéndole sentir que es esa riqueza interior que posee por **ser** hombre y semejante a Dios, lo que merece que los demás lo atiendan y se preocupen de él. Los matices entre la caridad paternalista y la auténtica son muy tenues (pueden depender del tono de la voz o del modo de extender la mano). Sin embargo, el que conoce el Evangelio y el que sufre distinguen la diferencia de inmediato.

98. La otra forma de solidaridad para con las personas consiste en las actividades de **promoción humana**. Ellas buscan más bien **capacitar** a los necesitados para que vayan resolviendo ellos mismos sus problemas. Es, de algún modo, decirle al que sufre: "Levántate y anda",¹³⁶ apoyándolo mientras se levanta, pero para que pueda partir por sus propios pies. Es una solidaridad que invita a una respuesta activa: como la de Dios, que para salvarnos exige **colaboración** con su gracia. Sin duda que es una forma mucho más integral y educadora de prestar ayuda, que de modo mucho más directo invita al otro a tomar conciencia de la propia dignidad en la medida en que se le demuestra creer en sus capacidades para llegar a valerse por sí mismo.

136 Cfr. Mc 2,9.

99. Además, generalmente tales iniciativas crean comunidad entre quienes se capacitan. Porque uno de los instrumentos existentes para alcanzar esta promoción es la constitución de organizaciones sociales formadas, dirigidas y animadas por los propios afectados. Esto exige que los agentes de esta promoción humana actúen de modo tal que su acción sea respetuosa de tales organizaciones. Es decir, que estén conscientes y vivan su propia realidad en cuanto al ritmo que a ellos les es posible, por razones culturales, entre otras; que no impongan sino que discernan en conjunto con la organización; que estén abiertas también a aprender de ella y de sus miembros. Así, podrán verdaderamente interpretar y comprometerse con eficacia con las auténticas inquietudes y aspiraciones de los heridos del camino, convirtiéndose en acompañantes para el cambio en su situación de vida... como el Buen Samaritano. Hay un menor peligro de paternalismo, pues la relación con los agentes de la ayuda se mediatiza. Pero puede surgir un problema distinto: el de la frialdad burocrática de quienes ejecuten dicha tarea de promoción. Esta es, sin duda, por su propia naturaleza, capaz de prestar un servicio mucho más integral, más eficaz a largo plazo y, sobre todo, más dignificante. Pero el estilo frío, displicente, tramitador, que a veces pueden adquirir algunos de sus aspectos, tampoco la exime siempre del riesgo de humillar —por fallas personales o de organización— a quienes la reciben.

En todo caso, la ayuda promocional es sin

duda aquella a la que siempre hay que aspirar, cuando sea posible. Así, el necesitado puede llegar a adquirir lo que le falta y, además, la alegría de sentirse más digno, maduro y capaz, porque logró conseguirlo por sí mismo.

100. Recordemos, en todo caso, que ambas formas de solidaridad quedan trucas si no se las complementa con la acción pastoral encaminada a sanear las heridas del cuerpo social, mediante el cambio urgente y profundo de sus estructuras injustas.

4. MARIA, MADRE Y MODELO DE SOLIDARIDAD

101. No quisiéramos terminar este capítulo sin invitarles a mirar las tareas y el espíritu de la solidaridad en la Santísima Virgen. Ella es la Madre del Amor Hermoso, y Madre de la Misericordia. Podemos suponer, siguiendo la doctrina de la Iglesia, que es ejemplo perfecto y personal de lo que la Iglesia a tientas en la fe y en la debilidad de su amor, busca hoy siguiendo la huella del Buen Samaritano.

María no sólo puede mostrarnos, sino que también, por su papel, el más activo en el Cuerpo de Cristo, puede interceder por esta Iglesia de Santiago, para continuar este camino de socorrer al herido con fortaleza, con generosidad y olvido de sí, con respeto sagrado por su condición humillada.

102. En efecto, casi todos los textos de la Sagrada Escritura que nos la presentan, lo hacen describiendo una mujer solidaria, que también sentía como propios los problemas de los demás.

Que ella nos regale una solidaridad tan dócil a los llamados de Dios, como la que Ella tuvo al partir a servir a Isabel, ante un estímulo tan pequeño como la levísima e indirecta insinuación del ángel.¹³⁷

Que sirvamos como Ella, que no se detuvo asombrada a contemplar su dignidad recién recibida de Madre de Dios, sino que emprendió de inmediato un largo viaje hacia su prima Isabel, cuyo hogar llenó de alegría con su servicio.¹³⁸

Que también podamos, cuando nos corresponda asistir a alguien en una necesidad, hacerlo con la discreción y delicadeza con que María supo ayudar en Caná, evitando la humillación de los novios.¹³⁹

Que como allí y en casa de Isabel, nuestro servicio conduzca siempre a un encuentro más hondo de los hombres con el Señor.

Que nuestra solidaridad sea fuerte, como la que ella tuvo junto a la Cruz.¹⁴⁰

Y que María nos implore como en el Cenáculo, junto a los discípulos, el Espíritu del Buen Samaritano, para que nuestra Iglesia sea siempre, como Ella, fiel y abnegada servidora de Dios y de los hombres.¹⁴¹

137 Cfr. Lc 1,39-56. 140 Cfr. Jn 19,25-27.

138 Cfr. Lc 1,39-56. 141 Cfr. Hch 1,12-14.

139 Cfr. Jn 2,1-12.

capítulo cuarto

EN LA HUELLA DEL BUEN SAMARITANO

(Orientaciones para la acción pastoral solidaria)

1. LOS DESTINATARIOS DE LA SOLIDARIDAD CRISTIANA

1.1 Destino Universal

103. En nuestra sociedad chilena, no es fácil tener un espíritu universal, como tampoco poder proclamarlo sin pasar por el tamiz de los prejuicios ideológicos, partidistas o simplemente sectarios que nos dividen. Los Obispos de Chile hemos señalado con preocupación las "divisiones causadas por la apreciación de los acontecimientos, por los bienes de fortuna, por el ejercicio del poder y hasta por la actuación de la Iglesia. Tenemos la impresión que en el mismo país hay varios mundos que coexisten: como vidas paralelas. Hablamos lenguajes muy distintos, tenemos intereses contrapuestos y, a

veces, no queremos siquiera conocer esta realidad"¹⁴²

104. No obstante éstas y otras realidades, la Iglesia renueva su convicción de que sólo el amor, expresado en el respeto absoluto por la persona y en la conciencia de nuestra mutua vinculación humana, es lo que en toda época y situación salva el corazón del hombre de sus egoísmos y constituye el alma de la convivencia social.

1.2 A los que no están formados en ella

105. El afán misionero de la Iglesia debe detenernos particularmente en aquellos ambientes cuyos "criterios de juicio,

valores determinantes, puntos de interés, líneas de pensamiento, fuentes inspiradoras y modelos de vida están en contraste con la palabra de Dios".¹⁴³ Pareciera que en algunos sectores más acomodados, la misma plenitud de posibilidades de vida, salud, educación, vestuario, y un comercio atestado de bienes superfluos cuyo consumo es constantemente estimulado por la propaganda publicitaria, cohiben, cuando no apagan, esas raíces comunes de la solidaridad. A ellos debe dirigirse un esfuerzo especial, a través de la predicación, la catequesis y la acción pastoral en parroquias y colegios, para despertar una conciencia adormecida por el fomento del individualismo y la falta de sensibilidad social.

106. Una pastoral con sentido comunitario y social debe desarrollarse en forma adecuada en los sectores residenciales altos y medios de nuestra ciudad. Pensamos muy en especial en la **educación a la solidaridad** que deben recibir los niños y jóvenes en la vida familiar de esos ambientes, particularmente en cuanto a desarrollar el sentido comunitario, a practicar la justicia como valor en la vida personal y social y la comunicación de bienes con sus hermanos más pobres.

1.3 Anuncio a los muchedumbres

107. La solidaridad no sólo no debe ser restringida a ningún sector o grupo

de personas, sino que debe ser llevada a todas las esferas humanas, incluyéndose como elemento central de una pastoral de masas. Pensamos en esas excepcionales oportunidades que nos ofrece el pueblo en su religiosidad al acudir masivamente a los Santuarios en ciertos días del año.¹⁴⁴

108. Los medios de comunicación pueden ser un excelente instrumento que informe de las necesidades humanas y despierte inteligentemente la solidaridad.¹⁴⁵

109. Las campañas cuaresmales y otras que se dirijan a toda la ciudad y la Arquidiócesis, deben ser estimuladas, tocando los nobles sentimientos de solidaridad que surgen del amor cristiano y de nuestra común naturaleza humana.

2. LOS AGENTES PASTORALES E INSTITUCIONES DE SOLIDARIDAD

2.1 La Iglesia entera

110. La Iglesia entera anuncia y realiza la Solidaridad cristiana. El anuncio y las tareas de la Solidaridad cristiana no son exclusivas de algún ministerio, comunidad o grupo dentro de la Iglesia; son la responsabilidad del testimonio de todos los cristianos. La solidaridad, en cuanto expresión del amor de Cristo por los necesitados y cumplimiento del "nuevo man-

143 E.N. 19.

144 Cfr. Orientaciones Pastorales nn. 182-185.

145 Cfr. Orientaciones Pastorales n. 18.

damiento", constituye la médula de "la fe que opera por la caridad". A ella son llamados todos los discípulos de Cristo. "La Iglesia entera es misionera, la obra de la evangelización es un deber fundamental del Pueblo de Dios".¹⁴⁶

Cuando un cristiano ama y hace suyas las necesidades de los demás, enlazado por los vínculos invisibles del Espíritu, su actividad es parte de toda la Iglesia; no por inspiración personal, sino en unión con todos sus hermanos y en nombre de Cristo, nuestra cabeza.

Tampoco cristiano alguno es dueño de la "caridad de Cristo que nos urge", sino que tanto sus criterios como las acciones mismas se realizan en comunión con la Iglesia y con los Pastores que el Señor ha puesto para orientarlos y dirigirlos.

111. Todo ello implica un espíritu de fe y de comunión que es propio no sólo de la solidaridad, sino de cualquier actividad que despliega la obra evangelizadora de la Iglesia y debe ser completada con la predicación, la catequesis, la celebración de los sacramentos y la oración asidua. Sin éstos, la solidaridad es frecuentemente presa del activismo, y fácilmente deformada por las influencias y conflictos del quehacer cotidiano.

112. Lugar privilegiado para su sano cultivo, es la **Comunidad eclesial de base.**

No puede haber auténtica solidaridad para con "los de afuera", si no la hay para con los hermanos "de la casa de la fe". A la vez, la solidaridad para con todos, especialmente los débiles, marginados y oprimidos, alimenta y estimula el crecimiento del amor en el seno de la comunidad cristiana misma. Es también lugar privilegiado la comunidad eclesial de base sobre todo porque ella vive inmersa en medio de los problemas de la comunidad local. Esta cercanía facilita tanto el conocimiento de los problemas humanos para acudir en su servicio, cuanto su rápida implementación, rasgo típico de una caridad efectiva.

113. Junto con felicitarnos por la multiplicación creciente de estas células de la Iglesia, invitamos a profundizar los contenidos de la solidaridad en la forma de catequesis permanente, a la vez, que inicien en ellos especialmente a los niños y a la juventud. Muchas veces se echa de menos una dimensión misionera y solidaria en estas comunidades de base. Recuerden los hermanos que antes que cualquier forma institucional, su servicio de testimonio y amor solidario en el mundo son irremplazables, y constituyen uno de los lugares privilegiados por los cuales la Iglesia y el Evangelio se hacen presentes en el mundo.¹⁴⁷

114. Un lugar especial de acción solidaria lo ocupan **los grupos de ayuda fraterna u otros similares en el seno de las**

146 Concilio Vaticano II Activ. Misionera n. 35.

147 Cfr. Orientaciones Pastorales nn. 135,141, 142,144.

comunidades de base, Parroquias y Colegios. Estimulamos la formación de estos servicios que en estos años han dado un hermoso testimonio de preocupación a través del apoyo a las necesidades de subsistencia (como los comedores infantiles), de salud, de vivienda y organización de los pobres. Estos grupos son, a la vez que un brazo extendido en solidaridad de la comunidad cristiana, un estímulo para que esta misma crezca en el amor y la generosidad.

115. Deseamos que algunos miembros de estos grupos de ayuda fraterna puedan acceder a un **ministerio laical reconocido y más estable de solidaridad.** Invitamos a estudiar las características de este ministerio, como también las condiciones que deben tener las personas que a él accedan.

2.2 Con ecumenismo y pluralismo

116. Reconociendo la Iglesia Católica que la solidaridad es una expresión clara de nuestra fe en Cristo y consecuencia de su precepto de amor, manifiesta que todos los cristianos estamos llamados a un testimonio común.

Todavía hay mucha separación y desconfianza con nuestros hermanos evangélicos. Podemos ir avanzando en la búsqueda de la unidad colaborando mutuamente en el servicio de los pobres y necesitados.

El trabajo con los no creyentes, en su aporte profesional o técnico y en su buena



voluntad, se nos ha manifestado como mutuamente enriquecedor. También el trabajo de conjunto con otras Iglesias no católicas ha constituido un estímulo al verdadero ecumenismo y a la búsqueda de la unidad entre los cristianos por la que Jesús oró.

Recordemos que Jesús nos propone como ejemplo típico de solidaridad a un extranjero y enemigo religioso y político. En un mundo que tiende con facilidad a etiquetar y asumir posturas sectarias y excluyentes, hagamos el bien, sin mirar a quién lo

hacemos, respondiendo sólo a la necesidad y a nuestra propia fidelidad al Evangelio en la Iglesia.

2.3 Misión particularmente laical

117. Toda la Iglesia está, entonces, llamada a realizar la solidaridad. Sin embargo, también es cierto que ella se realiza a través de una diversidad de servicios en la unidad de una misma misión. En este contexto, **los laicos tienen su particular tarea y perspectiva.** En efecto, su vocación específica los coloca en el corazón del mundo y en la guía de los más variados quehaceres temporales. Su tarea primera e inmediata no es la institución y el desarrollo de la comunidad eclesial, ya que “es en el mundo donde el laico encuentra su campo específico de acción”.¹⁴⁸

El campo propio de su acción y de su actividad solidaria, es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como el de otras realidades, como el amor del hombre y la mujer, la familia, la educación de los niños y la juventud, el trabajo profesional, etc.

2.3.1 El compromiso político

118. Dado que en nuestra patria se ha ten-

dido en los últimos años al desprestigio de la actividad política, más allá de la recesión partidista, consideramos importante repetir aquí algunos breves conceptos sobre ella.

La conciencia y el compromiso políticos, suponen haber comprendido que todo lo que toca a nuestro país, de algún modo nos es cercano, nos toca a todos y nos pide algún aporte o cooperación. Este compromiso político no necesita ser partidista. Es fundamentalmente una preocupación eficaz **por el bien común de la “polis” en que vivo, es decir, de mi ciudad o de los ambientes más amplios en que ésta se inscribe.**¹⁴⁹

119. En este sentido, la acción política es una forma especialmente noble y dilatada del amor cristiano: en la medida en que pretende dar respuesta a múltiples necesidades de grandes conjuntos humanos. Como todas las cosas, es susceptible de experimentar corrupción o bien de ser sobrevalorada y absolutizarse, como si agotara toda la amplia “gama de las relaciones sociales”.¹⁵⁰

Sin embargo, en momentos en que en nuestro país la participación social se hace difícil, corresponde a la Pastoral de la Solidaridad recordar a los laicos que la Iglesia “valoriza y tiene en alta estima”¹⁵¹ la política, en la medida en que constituye una legítima forma de manifestar nuestra solidaridad con los demás. Más

148 Puebla 789 (Cfr. E.N. 73).

149 Cfr. Puebla 521.

150 Cfr. Puebla 513.

151 Puebla 514.

aún, "la política partidista es el campo propio de los laicos. Corresponde a su condición laical el constituir y organizar partidos políticos, con ideología y estrategia adecuadas para alcanzar sus legítimos fines".¹⁵²

2.3.2 Conciencia social

120. Es indispensable que una Pastoral de la Solidaridad oriente, a través de medios adecuados, a una **educación de la conciencia social**. Ella debe comenzar lo más temprano posible. En este sentido conviene preguntarnos acerca de la conveniencia de elaborar fichas de trabajo que iluminen desde la Fe la enseñanza "social" que se da o debiera darse **en escuelas, liceos y colegios, y en la catequesis no especializada**. La Vicaría de Pastoral Obrera tiene y ha tenido en este sentido un importante rol en la formación de laicos jóvenes y adultos para la participación solidaria en el mundo del trabajo y en sus organizaciones de base.

121. La enseñanza de la Iglesia, que se ha ido desarrollando en contacto con las realidades cambiantes del mundo, presenta los valores y normas para el desarrollo del hombre y la sociedad. El Instituto de Difusión Social "INDISO", a través de sus cursos y publicaciones, ofrece a los laicos estas orientaciones de la Iglesia, enriquecidas especialmente con la encíclica de Juan Pablo II, sobre el Trabajo, en torno al cual

gira gran parte de la cuestión social.

2.3.3 La pastoral familiar

122. Queremos estimular una **formación permanente en la solidaridad a partir de la familia** misma, de la educación de los hijos, de la escuela y el colegio, ampliándose progresivamente a través de los grupos y comunidades juveniles, hasta el ingreso en el trabajo y la participación en organismos comunitarios de base. La familia es un baluarte donde se genera el cuerpo social, donde se cultivan los valores del más puro humanismo, donde se experimentan la solidaridad, el amor, el servicio desinteresado, la comunión y participación. En lo más íntimo del hombre, late siempre el anhelo por formar una familia unida y feliz.¹⁵³

123. Así, el ir aprendiendo progresivamente a responsabilizarnos por las necesidades de otros, conducirá paulatinamente a extender nuestro interés a los problemas globales de la sociedad, impulsándonos a ofrecer nuestra ayuda solidaria en ámbitos e Instituciones con los cuales antes jamás hubiésemos pensado en comprometernos. Invitamos a los organismos pertinentes a elaborar una pastoral familiar donde se integren los elementos de la solidaridad cristiana. Allí, la mujer, junto a su rol de madre y esposa, debe destacarse por su participación en la sociedad. Guardando el equilibrio necesario y

152 Cfr. Puebla 524.

153 Orientaciones Pastorales n. 108.

la jerarquía de roles, ello enriquece y abre el hogar como comunidad educativa.

2.3.4 La juventud

124. El año recién pasado, la Iglesia puso especial énfasis en la evangelización de la juventud, para culminar en 1983 con la misión de los jóvenes en el mundo. Pensamos que este será un tiempo privilegiado para la formación en solidaridad, tanto a nivel doctrinal —en catequesis y enseñanza social de la Iglesia— cuanto en la iniciación y acentuación de las actividades solidarias de los jóvenes. En estos días particularmente, los jóvenes tienen especial sensibilidad por la generosidad y el amor a los débiles, marginados y oprimidos.

125. Ellos son la savia de la Iglesia, y la Iglesia misma debe preocuparse especialmente de acrecentar estos dones que Dios ha dado a nuestra juventud. Pensamos en fichas, encuentros, seminarios, jornadas y tareas solidarias de fraternidad donde los jóvenes pueden ir abriéndose progresivamente a las realidades más amplias de nuestro mundo, descubriendo allí un servicio que prestar, para asumir como suyas las causas de los pobres y necesitados. Ello puede conseguirse paulatinamente, a través de la sensibilidad por los enfermos, por los ancianos, por los niños desvalidos, hasta ir comprendiendo los resortes y mecanismos sociales que están en la base de los fenómenos de la pobreza y la miseria. Así también se les irá progresivamente formando en esa conciencia y

responsabilidad social que deseamos para todos los cristianos y, especialmente, en la concepción de la profesión como servicio, para quienes tengan el privilegio de contar con ella.

2.4 El rol de los pastores

126. Hemos sido escogidos por la misericordia del Supremo Pastor, para proclamar autorizadamente la Palabra de Dios; reunir y alimentar al pueblo; para ponerlo en el camino de la salvación; mantenerlo en la unidad; para animar sin cesar a esa comunidad reunida en torno a Jesucristo.

127. No estamos para obstaculizar la acción de los laicos en medio de las realidades temporales sino, por el contrario, para acompañarlos con nuestra comprensión y nuestra orientación; para alimentarlos con la reflexión teológica y pastoral a partir de la Palabra de Dios y de la enseñanza social de la Iglesia. Sobre todo, para darles nuestro propio testimonio de consagrados al ministerio evangelizador educador de la fe.

Somos un instrumento indispensable, no sólo para mantener en unidad las tareas solidarias de la Iglesia, sino para estimularlas y conducir las a esa unidad a través de la educación y formación en los distintos servicios.

128. El Diácono permanente, por su condición sociológica de laico y por su

pertenencia teológica a la Jerarquía de la Iglesia, ocupa en este sentido un lugar muy especial. Por su participación en la vida de la familia, en las responsabilidades económicas y laborales, y por su pertenencia al ministerio pastoral, especialmente en lo que mira al Ministerio de la Palabra, de la Liturgia y de la Caridad, constituye un maravilloso puente entre las realidades laicales y la dirección que a nombre de Jesucristo realizan los Pastores en la Iglesia.

129. Queremos que los Diáconos sean particularmente formados en la amplitud de las tareas de la solidaridad para con todos los necesitados. Es precisamente en función de estas tareas que los Diáconos fueron creados ya en el seno de la Iglesia primitiva: para servir, de preferencia, en los asuntos cotidianos de la comunidad, particularmente a marginados y sufrientes, y permitir que los otros niveles de la Jerarquía se preocuparan más específicamente de la oración y de la predicación.¹⁵⁴

2.5 La vida religiosa en el testimonio fraterno y su compromiso con los pobres

130. Los religiosos y religiosas encarnan en la Iglesia el deseo de entregarse al radicalismo de las bienaventuranzas. Junto a aquellos que se dedican al anuncio de Cristo en las diversas formas de predicación y enseñanza, queremos aquí destacar

y agradecer la vida de testimonio de esas pequeñas comunidades religiosas que viven en los campos y poblaciones. Han sido para los pobres un testimonio concreto y corriente de mucho de lo que hemos escrito en este documento pastoral. Su oración, silencio y sacrificio han ido acompañados de una total disponibilidad para con Dios, la Iglesia y las necesidades de los pobres.

Han acompañado a los marginados en los diversos intentos de solución de sus problemas con amor y respeto, y han sido un signo patente, evangelizador, de la opción por los pobres y la sensibilidad por la justicia. Quisiéramos que su presencia y testimonio se multiplicara y rogamos al Señor que, a través de su ejemplo, muchos jóvenes —hombres y mujeres— sientan el llamado a seguir al Maestro, tan pobre y disponible que no tenía dónde reclinar la cabeza.

2.6 Las instituciones de solidaridad

131. Desde siempre, la Iglesia ha buscado organizar las acciones de caridad y promover alguna forma de organización de sus mismos beneficiarios. Lo ha hecho no sólo por su naturaleza social y pública, ni sólo por un mero afán de eficiencia; sobre todo, por razones de testimonio y de signo de salvación en el mundo.

154 Cfr. Hc, 6,1-6.

Si bien la institucionalidad del amor no reemplaza su contenido evangélico (por ejemplo, su gratuidad, carácter silencioso y desinterés), y muchas veces tiende a la realización de obras "frías", su necesidad y sentido deben ser defendidos hoy, especialmente contra aquellos que —por diversas razones— rechazan las formas concretas de acción social de la Iglesia. Invitamos aquí a reconocer que ella ha sido la inventora y pionera de las principales formas institucionalizadas de que el mundo moderno dispone para ayudar y promover al hombre. Siglos antes que los Estados asumieran dichas tareas, fue la Iglesia la que fundó o inspiró los primeros hospitales, orfanatos, asilos de ancianos, escuelas, universidades, asociaciones gremiales, etc. Todo ello para atender, en forma adecuada a los tiempos y necesidades, a esa humanidad herida en el camino por la enfermedad, la pobreza, la vejez, la soledad, la ignorancia.

132. En nuestro país, en los últimos años han florecido muchas instituciones que han querido concretar —frente a alguna necesidad especial de los pobres— ese espíritu del Buen Samaritano en acciones concretas. Entre ellas, cabe destacar las que surgieron de la iniciativa del P. Hurtado, muchas de las cuales se mantienen desarrollándose hasta hoy; la labor inmensa de variada ayuda a los más necesitados y a lo largo de todo el país que por años ha desarrollado Cáritas; las obras de promoción y asistencia técnica a los pequeños campesinos, a las industrias autogestionadas; las diversas formas de iniciativa de la

Iglesia para poner la propiedad de la tierra en manos de los campesinos; las innumerables obras educacionales, tanto universitarias como a nivel de colegios y escuelas; las instituciones de formación y capacitación en materias de doctrina social; las policlínicas; instituciones de apoyo a la adquisición de vivienda; instituciones promotoras de iniciativas de desarrollo, etc. Son obras con que el Señor ha querido bendecir nuestra Iglesia en favor del socorro de los más débiles o de evangelización del mundo temporal en el contexto de promover una mejor justicia distributiva.

133. No obstante, a estas Instituciones que buscan concretar el Espíritu del Buen Samaritano, **se les quisiera pedir un poco más.** Nuestro amor a los hombres, los mismos que merecieron la venida y especial atención de Jesucristo, Buen Samaritano, debe ser efectivo y eficiente. No basta con el mero asumir iniciativas, por muy buenas que éstas sean. Es necesario complementarlas y coordinarlas con el quehacer de otras. El Buen Samaritano, no contento con curar y vendar las heridas de aquel hombre, echarlo arriba de su caballo, pasar la noche con él y financiar sus gastos en la posada, quiso completar su acción con otro. Se coordinó con el posadero. Ganó en eficacia e involucró a más personas en su gesto de amor: cuidalo hasta mi vuelta.

Un **excesivo celo por una cierta "autonomía"** institucional, muchas veces lleva a mal utilizar recursos materiales y humanos y, de hecho, se transforma en un contrasigno para el servicio evangélico que se

desea prestar.

134. Asimismo, es necesario que cada institución **revise la perspectiva** con que presta su servicio solidario, sin olvidar aquella recomendación del Concilio y reiterada por Puebla: "suprimir las causas y no solo los efectos de los males y organizar los auxilios, de tal forma, que quienes los reciban se vayan liberando progresivamente de la dependencia externa e interna y se vayan bastando por sí mismos".¹⁵⁵

135. Más aún, cada institución solidaria estará apuntando a la supresión de tales causas y a una forma liberadora de organizar esos auxilios, si sus servicios están **imbuidos de un espíritu auténticamente educativo**, que, en la medida de lo posible, ayude a quienes son sujetos de ellos, "a comunicarse eficazmente; tomar conciencia de sus deberes y sus derechos; comprender la situación en que viven y discernir sus causas; capacitarse para organizarse en lo civil, lo laboral y político y poder así participar **plenamente** en los procesos decisorios que les atañen".¹⁵⁶

2.7 La Vicaría de la Solidaridad

136. Nuestra Vicaría de la Solidaridad ha sido un lugar, claramente reconocido por muchos hombres desapasionados, de continuación de la acción del Buen Samaritano. La Iglesia, como él, no ha

querido "pasar de largo", sin asumir los problemas derivados de la violación de su dignidad y derechos que han debido sufrir los disidentes del modelo político o bien los que han sufrido las consecuencias del modelo económico: los pobladores, los obreros organizados de la ciudad y del campo, los pequeños propietarios agrícolas. La Vicaría de la Solidaridad los ha consolado con su presencia y los ha apoyado activamente en sus problemas de subsistencia, defensa jurídica de sus derechos fundamentales, de su trabajo y organización.

Ha sido un signo vivo del Buen Samaritano, del Amor Misericordioso de Dios, del compromiso liberador de Cristo. Inserta en la línea del testimonio evangelizador, los diversos gestos de las acciones solidarias que la Vicaría ha realizado en estos años, han llevado una presencia de la Solidaridad liberadora de Cristo. Muchas personas han reconocido en ella la presencia del Padre que no los abandona frente a su soledad y angustia.

137. Ante el hecho de que la situación de los derechos humanos está ligada al sistema de vida implantado en Chile, sus acciones han sido frecuentemente mal interpretadas o distorsionadas por los medios de comunicación social. Cada vez que esto ha sucedido, la Iglesia ha debido clarificar su postura y defenderla como estricta consecuencia de su misión religio-

155 Puebla 1146.

156 Puebla 1045.

sa, donde el hombre, su dignidad y derechos "ocupan un lugar central en su ministerio".

Tenemos la impresión que gradualmente muchos han ido comprendiendo mejor este mensaje, y valoran esta acción como un aporte fundamental a la paz entre los chilenos, que ha evitado también posibles males mayores. Es por eso que **queremos aquí reafirmar la esencial validez de su presencia y acción**, a la vez que buscar caminos cada vez más transparentes en su carácter de testimonio evangelizador del Reino de Dios, en su campo de promoción y defensa de la dignidad y derechos del hombre.

2.7.1 Comprometer a toda la Iglesia

138. La Vicaría de la Solidaridad tiene un importante rol evangelizador al interior de la Iglesia misma. Ella **debe buscar comprometer a la globalidad de la Iglesia de Santiago en su tarea de promoción y defensa de los Derechos Humanos**. Deseamos que la Vicaría de la Solidaridad comparta con toda la Iglesia una reflexión sistemática y teológica sobre las diversas formas de trabajo solidario; que informe periódicamente, de modo fluido y oportuno, con un lenguaje claro y adecuado, sobre la situación de los derechos humanos. A este respecto, las cartas del Vicario de la Solidaridad a los Agentes Pastorales, el Informe Mensual, y otros documentos, son un mecanismo de información que se hace casi imposible de obtener por otros

medios. Más aún, deseamos que la Vicaría convoque periódicamente a los agentes pastorales a reflexiones teológicas en materia de Derechos Humanos. Hay mucha gente de Iglesia que adolece de tales conocimientos del todo necesarios para el ejercicio de su ministerio y aún para una mejor comprensión de su fe vivida en el mundo de hoy.

2.7.2 Acción profética integral

139. En la tarea de promover y defender la dignidad y derechos del hombre, la Vicaría de la Solidaridad debe realizar una acción profética integral. **Profética**, en el sentido de encuadrar su labor de denuncia, en el anuncio del Evangelio de la voluntad de Dios y también en el llamado a la conversión de la mente y del corazón a ese anuncio, para que tales hechos que motivan la denuncia, no se repitan. **Integral**, en el sentido de que, sin perjuicio de priorizar ciertos derechos más importantes (como el derecho a la vida o a la integridad física y psicológica) no debe descuidar el resto de ellos, en la conciencia de que es la persona humana, en todas sus dimensiones, la que está llamando a salvaguardar o a promover.

140. Sin perjuicio de mantener una denuncia incluso de tipo casuístico, y en el contexto señalado anteriormente, la Vicaría debe entender **esta acción como algo formativo y educativo**, tratando de socializar el conocimiento de los sistemas y situaciones de injusticia **para formar una conciencia**

liberadora. Por eso debe mirarlos también lo más globalmente posible, incluyendo en ellas tanto las tendencias que adquieran las violaciones de los Derechos Humanos como las causas que las generan.

141. La Vicaría no es el único protagonista de estas denuncias; existen otras nobles instituciones que la acompañan en esta tarea. Lo propio suyo está en su modo evangelizador de realización, y en su especial preocupación que sean en último término los afectados mismos quienes asuman esa responsabilidad con el apoyo y asesoría de la Iglesia.

142. Creemos indispensable una mayor presencia de la Vicaría en las parroquias y comunidades cristianas; en las organizaciones solidarias y comunidades locales, para que, a través de una metodología adecuada, sea la comunidad organizada la que adquiera confianza en su propia capacidad de defender sus derechos y de luchar por sus propias y legítimas reivindicaciones. La Iglesia podrá animarla, apoyarla, pero nunca reemplazarla.

2.7.3 Ideología de consenso

143. Indispensable para este efecto es que la Vicaría de la Solidaridad acentúe una labor educativa a todo nivel en el campo de los derechos del hombre. Junto a su presencia en la opinión pública por los medios de comunicación social, la Vicaría de la Solidaridad debe llegar con su mensaje a los "dirigentes de la sociedad

pluralista" y a los agentes pastorales, a la vez que a las organizaciones sociales afectadas por la problemática de los derechos humanos, ya sean las vinculadas más directamente con la Iglesia, o aquellas que se han constituido también para la defensa de los derechos humanos en general, o en aspectos específicos, o bien las que han ido surgiendo del pueblo mismo al enfrentar la solución de sus necesidades básicas.

144. Siendo esta acción educativa sobre los derechos humanos una "ideología de consenso", la acción de la Vicaría de la Solidaridad **debe procurar apertura de mente al pluralismo**, a la vez que **sumar la adhesión de personas e instituciones** para que se incorporen a esta gran tarea. Todo ello sin otro afán que el servicio a la paz social, basada en la Verdad, Justicia, Libertad y Fraternidad.

145. Se trata, en definitiva de una acción educativa y no meramente informativa, centrada en la cualidad ética de los hechos que motivan su reflexión, de los marcos legales y causas estructurales, que están tras las violaciones detectadas en los hechos, guiando conductas o actitudes dinamizadoras, a través de métodos pedagógicos adecuados.

... Y JESUS LE DIJO:

"VETE Y HAZ TU LO MISMO"

(Lc 10,37)

I. CUESTIONARIO DE TRABAJO (*)

INTRODUCCION

DE JERUSALEN A JERICÓ:
EL CAMINO RECORRIDO

APENDICE

1. ¿Cómo justifica Ud. el "interés creciente por el nombre" demostrado por la Iglesia en los últimos años?
¿Será que la Iglesia está dejando de lado su interés por Dios y traicionando su verdadera misión? (6.a)
2. ¿Cuál es la razón de fondo por la cual la Iglesia ha ido enfatizando un estilo promocional y de Solidaridad liberadora por sobre lo asistencial en su quehacer?
¿No estará con ello dejando de hacer "caridad" y haciendo "política"? (6.b; 43 al 44; 94 al 100).
3. ¿En qué consiste el rol pacificador de la Iglesia?
¿No será mejor volver a un papel apaciguador? ¿Por qué? (6.c)

CAPITULO I

SOLIDARIDAD

PRESENCIA DEL REINO AQUI Y AHORA

4. ¿Qué es ser solidario, de hecho?
¿Cómo ser efectivamente solidario, incluso con aquel que nos aparece como enemigo (político, religioso, etc.)? (7 al 8; 11 al 13).
5. ¿Por qué cada vez que ejercitamos la solidaridad estamos haciendo patente el Reino de Dios en el presente y en lo concreto (aquí y ahora)? (9 al 10).

(*) Se sigue el mismo esquema del Documento.

Los números en paréntesis hacen referencia a los correspondientes párrafos, pertinentes al tema de la pregunta.

1. CUESTIONARIO DE TRABAJO (*)

INTRODUCCION

DE JERUSALEN A JERICO: EL CAMINO RECORRIDO POR LA IGLESIA CHILENA

1. ¿Cómo justifica Ud. el “**interés creciente por el hombre**” demostrado por la Iglesia en los últimos años?
¿Será que la Iglesia está dejando de lado su interés por Dios y traicionando su verdadera misión? (6.a)
2. ¿Cuál es la razón de fondo por la cual la Iglesia ha ido enfatizando un estilo **promocional** y de **Solidaridad liberadora** por sobre lo **asistencial** en su quehacer?
¿No estará con ello dejando de hacer “caridad” y haciendo “política”? (6.b; 43 al 44; 94 al 100).
3. ¿En qué consiste el rol **pacificador** de la Iglesia?
¿No será mejor volver a un papel **apaciguador**? ¿Por qué? (6.c)

CAPITULO I

SOLIDARIDAD PRESENCIA DEL REINO AQUI Y AHORA

4. ¿Qué es **ser solidario**, de hecho?
¿Cómo ser efectivamente solidario, incluso con aquel que nos aparece como **enemigo** (político, religioso, etc.)? (7 al 8; 11 al 13).
5. ¿Por qué cada vez que ejercitamos la solidaridad estamos haciendo **patente el Reino de Dios** en el **presente** y en lo **concreto** (aquí y ahora)? (9 al 10).

(*) Se sigue el mismo esquema del Documento.

Los números en paréntesis hacen referencia a los correspondientes párrafos, pertinentes al tema de la pregunta.

CAPITULO II

SOLIDARIDAD HOY

6. ¿Por qué se plantea que el modelo **económico liberal capitalista** y el modelo **político autoritario** basado en la Doctrina de la Seguridad Nacional, han “destruido la solidaridad como valor fundamental de la construcción de una sociedad en fraterna convivencia”? (14 al 21).
 - a) ¿Cuáles son los **antivalores** que impulsan estos modelos y sus **consecuencias** actuales?
 - b) ¿Qué importancia se le da a la **persona humana** en estos modelos? Fundamente su respuesta.
7. ¿Cree Ud. que con el **testimonio solidario** se está de alguna manera **proclamando** el evangelio?
¿Por qué? Coloque ejemplos (22 al 26).
8. ¿Cree Ud. que la Solidaridad es una “**actitud común** que nace de nuestra condición humana”? Fundamente su respuesta. (27 al 28).
9. ¿Qué puede **agregar la fe** a la Solidaridad humana?
¿Desde qué punto de vista la **enriquece**? (29).
10. ¿Cuál sería, según el Documento de Trabajo, un **signo de autenticidad** de la Solidaridad evangelizadora?
¿Está Ud. de acuerdo? Fundamente su respuesta. (30).
11. ¿**Cómo deben** solidarizar las Instituciones de Iglesia, según el Documento de Trabajo, con quienes son víctimas de abusos en contra de su dignidad humana?
¿Qué **acciones**, qué **precauciones**?
¿Comparte Ud. este planteamiento? Fundamente su respuesta. (31 al 37).
12. ¿Cree Ud. que al solidarizar en forma preferente con los pobres, **se asegura** más el carácter **gratuito** de la Solidaridad, su **universalidad** sin discriminaciones, su calidad de respuesta a necesidades **verdaderas**?
Fundamente su contestación. (38 al 42).

13. ¿Qué **consecuencias** tiene la “opción por los pobres” para el **estilo de servicio** de la Iglesia, según el Documento?
¿Cómo se da en la realidad que a Ud. le toca actuar? (45 al 47).
14. ¿Qué le pediría Ud. a la Iglesia para ser más consecuente aún, con su propósito de **solidarizar con el hombre integral** (persona, sociedad y cultura)?
¿Qué acciones sugiere?
¿Cómo realizarlas? (48 al 57).
15. Se habla de “construir la **Civilización del Amor**” y se agrega que en ella “los pobres están llamados a ser **especiales y activos protagonistas**”.
¿Qué significa todo esto para Ud.? (57 al 62).

CAPITULO III

EL ESPIRITU SOLIDARIO

16. ¿Cómo podríamos educar para **ver y descubrir** el dolor ajeno?
Sugiera caminos. (66 al 71).
17. ¿Cómo podríamos educar para ver y “com-padecerse”, esto es, **padecer con** el otro?
Sugiera formas. (72 al 75).
18. ¿Cómo podríamos impulsar el **crecimiento de la conciencia de la “proximidad”** o cercanía de todo hombre para **comprometerse** con él (como el Samaritano)?
¿Qué sugiere? (76 al 78).
19. ¿Cómo podríamos educar para el **perdón verdadero**, esto es, sin renunciar a los propios y legítimos principios?
¿Qué experiencias tiene Ud. al respecto? (79 al 84).
20. ¿Cómo educar para **com-partir** el propio tiempo y los bienes?
Recurra a su propia experiencia de “**apego**” a las cosas; de búsqueda de “**seguridad**” en el tener; a su concepción de la “**propiedad**”. (85 al 93).

21. ¿Qué sugiere Ud. en cuanto a cómo **enfaticar** en las devociones Marianas el **carácter Solidario** de la Virgen?
En particular, ¿cómo transformar el **Mes de María** en una instancia que incluya la educación Solidaria inspirada en su ejemplo? (101 al 102).

CAPITULO IV

EN LA HUELLA DEL BUEN SAMARITANO

22. ¿En qué consistiría la solidaridad con los sectores acomodados; con todos aquellos que **no están formados en ella**?
¿Comparte Ud. los planteamientos del Documento en esta materia?
Fundamente su respuesta. (103 al 109).
23. ¿Qué le pediría Ud. o qué sugiere para **mejorar el Anuncio y la práctica** de la Solidaridad a las siguientes instancias de la Iglesia? (116).
a) Comunidades Eclesiales de Base (112 al 113).
b) Grupos de Ayuda Fraternal (114 al 115).
c) Obispos, Sacerdotes y Diáconos (127 al 129).
d) Religiosos y Religiosas (130).
e) Instituciones de Solidaridad (120 al 121; 131 al 135).
24. ¿Qué relación existe entre **misión laical** y **compromiso político**, en la práctica de la Solidaridad? (117 al 119).
25. ¿Qué relación existe entre **misión laical** y **familia**, en la práctica de la Solidaridad? (122 al 123).
26. ¿Qué opinión le merecen las **orientaciones** específicas dadas a la **Vicaría de la Solidaridad**?
¿Qué sugiere para su mejor puesta en práctica? (136 al 145).

RECUERDE: Esta Pauta
es un MEDIO Y NO UN FIN.
ISAQUELE PROVECHO!

2. GUIA PARA AGENTES PASTORALES Y MONITORES

La presente Pauta pretende ser un instrumento que facilite la **discusión**, a distintos niveles, en vistas a una **puesta en práctica** de las orientaciones contenidas en este Documento de Trabajo.

Ella comprende diversas proposiciones que giran en torno a un CUESTIONARIO donde se ha pretendido formular preguntas que, además de facilitar la **comprensión** del texto en sus grandes líneas, fomente una **actitud participativa** en las respuestas, ya sea recurriendo a la **propia experiencia** personal o colectiva; ya procurando incentivar el uso de la facultad crítica; ya requiriendo **aportes y sugerencias** específicas.

MODALIDADES DE TRABAJO

Alternativa 1

- a) Lectura personal del Documento (por partes o todo de una vez).
- b) Respuesta individual al cuestionario.
- c) Puesta en común de los trabajos individuales.
- d) Confrontación con los planteamientos expresados en el Documento(*).
- e) Configuración de las respuestas definitivas del grupo.
- f) Discusión en torno a sus alcances prácticos y modo de aplicarlos.
- g) Hacer llegar lo concluido en los dos puntos anteriores (letras e y f), a la instancia de Iglesia correspondiente.

Alternativa 2

- a) Lectura personal del Documento (por partes o todo de una vez).
- b) Trabajo colectivo en torno a las preguntas del cuestionario.

(*) Junto a cada pregunta se señalan los números, correspondientes a los párrafos del Documento de Trabajo, relacionados con el tema de dicha pregunta.

- c) Confrontar las respuestas con los planteamientos originales del Documento. (*)
- d) Configurar respuestas definitivas del grupo.
- e) Discusión en torno a sus alcances prácticos y modo de aplicarlos.
- f) Hacer llegar lo concluido en los dos puntos anteriores (letras d y e), a la instancia de Iglesia que corresponda.

Alternativa 3

- a) Trabajo colectivo en torno a las preguntas del cuestionario que no requieran necesariamente de un conocimiento previo del Documento.
- b) Lectura personal del mismo, de acuerdo a las referencias numéricas del cuestionario. (*)
- c) Trabajo colectivo para precisar las respuestas en definitiva.
- d) Discusión en torno a sus alcances prácticos y modo de aplicarlos.
- e) Hacer llegar lo concluido en los dos puntos anteriores (letras c y d), a la instancia de Iglesia que corresponda.

OBSERVACIONES

- a) Asegurar siempre una lectura individual del Documento, facilita la **concentración y comprensión**, lo que redunda en la **seriedad y profundidad** de las opiniones que se emitan posteriormente.
- b) Buscar una fórmula de trabajo colectivo, que evite el “chuchoqueo” destructivo y permita el **mutuo enriquecimiento** de las respuestas.
- c) **Ir al espíritu** y no a la letra de los planteamientos hechos en el Documento, ayuda a no achacarle lo que no dice.
- d) La confrontación de los trabajos colectivos con el texto del Documento, apunta a buscar una **mayor precisión** en la definición de las coincidencias o discrepancias, aportes o sugerencias.
- e) La discusión en torno a la puesta en práctica, resulta indispensable para que las proposiciones **se hagan realidad**.
- f) Hacer llegar las respuestas u observaciones a las instancias de Iglesia que corresponda, como aporte a la **revitalización permanente** que ésta debe tener, provocada por la comunicación entre sus partes.

(*) Junto a cada pregunta se señalan los números, correspondientes a los párrafos del Documento de Trabajo, relacionados con el tema de dicha pregunta.



PRODUCCION
VICARIA DE LA SOLIDARIDAD
ARZOBISPADO DE SANTIAGO